



ANIVERSARIO DE NUEVA HELVECIA

Durante la última semana de abril ppdo., se han estado realizando los festejos en celebración del 90º aniversario de la fecha de fundación de esta progresista localidad, que conserva no pocas características típicas

de la patria de origen, sin dejar de ser precisa y claramente uruguaya. Muestra la nota el coro formado por jóvenes de la localidad, en trajes del país de su origen, cantando frente al monumento a los fundadores de Nueva Helvecia, obra del escultor Aristides Bassi.

(Fotografía Juan Caruso).

La cultura se halla íntimamente vinculada al hombre. Experimenta las mismas vicisitudes que los hombres que la representan. Su drama es el de su pueblo y se debate en idéntica agonía a la de quienes perseguidos, torturados, sacrificados, le dan contenido real con la herida de su sangre y con el temblor de su palabra asida al último suspiro.

En esta vinculación, referida a España, queremos interpretar cinco imágenes de la cultura española en su permanencia de drama y agonía. Dos de ellas hombres de ciencia, sabios en el consenso internacional de la sabiduría: don Santiago Ramón y Cajal y don Pío del Río Hortega; un novelista y dramaturgo: don Benito Pérez Galdós; un historiador y crítico: don Marcelino Menéndez Pelayo, y un poeta: Pedro Salinas.

Son ya definitivos, inmutables signos de nuestra cultura, y su pensamiento, como su obra, son lección que nos dejaron para nuestro aprendizaje.

EL uno de mayo se ha cumplido la fecha centenaria del nacimiento de Ramón y Cajal. El mundo científico, objetivo por imperativo funcional, conmemorará la memoria del sabio catalogando su obra en torno a la investigación neurohistológica. Durante unos días, las neuronas ocuparán la atención del lector. Células, corrientes nerviosas, minuciosa cuanto paciente labor de microscopio, aislamiento de lo invisible, mar microscópico de pigmentaciones artificiales mediante las cuales el mundo infinitamente pequeño alcanza realidad macrocósmica. El proceso de su investigación, técnica y descubrimientos, en su denominación específica, es una herencia acumulada a la teoría, estructura y esencia del sistema nervioso. Su literatura está al alcance de los especialistas como referencia y dato, y para los amantes de la cultura, como testimonio de inquietudes progresivas del hombre. (Para quienes deseen tener una idea exacta, dentro de lo sintético, de la obra de Ramón y Cajal, les recomendamos leer la conferencia de su discípulo, el profesor Clemente Estable, pronunciada el 17 de octubre de 1944, fecha del décimo aniversario de la muerte del sabio).

¿Qué es, sin embargo, lo que caracteriza a Ramón y Cajal en el terreno de la investigación científica? ¿Cuál fué su entidad de sabio? Hubo un tiempo en que la ciencia era apriorística, como una concepción condicionada por el previo postulado filosófico, o sencillamente ideal, por lo que no se libraba de vicios metafísicos. Tan encuadrada se halló en esa posición hasta el siglo XIX, tan arraigada esa influencia, que el mismo Carlos Darwin, muy a su pesar, se vió envuelto en una polémica sobre el creacionismo y el evolucionismo, y un sabio tan alejado de disciplinas filosóficas como Pasteur, a la postre tuvo que divagar sobre creación y generación espontánea.

Ramón y Cajal, como madame Curie y Pawlow, pertenecía a la categoría de sabios que se sitúan ante los hechos sin deformaciones o prejuicios espirituales. Observan, descubren, comprueban, determinan, definen. Las consecuencias finalistas de sus descubrimientos quedan para la especulación filosófica, pero ellos cumplen su misión acumulando datos para la interpretación de los fenómenos de la vida psíquica o de la vida física. Su labor se desarrolla al margen de las cuestiones teóricas, lo que no quiere decir que no tengan en cuenta la teoría, pues de lo contrario no tendrían ciencia. Pero trabajando sin pragmatismos prácticos, por su desconexión del mundo económico o político, por su independencia ideal, elaboraron ciencia pura, que a la postre resultó, por ley de origen, la más práctica de las ciencias, la más útil a la vez que la más universal.

¿Fué toda inhibición en Cajal, fuera de su labor científica? Era, ante todo, un militante del amor a España. Don Pío del Río Hortega, en homenaje al sabio, recogió estas palabras que el mismo Cajal estampó en sus Memorias: "Al considerar en mis mocedades cuánto habían decaído la anatomía y la biología en España, y cuán escasos eran los compatriotas que habían pasado a la historia de la medicina científica, hice el firme propósito de lanzarme al palenque internacional de la investigación biológica. Mi fuerza fué el sentimiento patriótico; mi ideal aumentar el caudal de ideas españolas circulantes por el mundo, granjeando respeto y simpatía para nuestra ciencia. No soy, en realidad, un sabio, sino un patriota."

Sintió su patria con el mismo fervor apasionado que sentía su ciencia, pero, naturalmente, con mayor trascendencia. El mundo de la teoría pura no le escindió del mundo de la teoría práctica en torno a los problemas de su país. Sus libros literarios: "Mi Infancia y Juventud", "Charlas de Café" y "Los tónicos de la Voluntad", fueron escritos con el deseo de aleccionar y formar hombres para mejor servir a España. Sentía y amaba a España íntegramente, y le dolía todo cuanto desgarraba algo de lo que él consideraba esencial. Era un liberal, tolerante, antidogmático. Estuvo contra toda escisión del alma española: contra el fanatismo clerical, enemigo de la cordialidad espiritual de los españoles. Habla de la decadencia española y dice: "Baste recordar que, aparte de la pobreza y despoblación de nuestro agro, de la expulsión cruel y antipolítica de judíos y moriscos, de la incomprensible exención de cargas contributivas del clero y la nobleza, en cuyas manos estuvo casi toda la riqueza de España, contribuyeron decisivamente a nuestra postergación internacional las continuas intromisiones en la política de países extraños, con que agotamos nuestras fuerzas y dilapidamos los tesoros de América". Igualmente contra "el odioso despotismo (así lo califica) de Carlos V"; contra el caudillismo oligárquico de la casta militar, a la que acusa de responsable de la pérdida de Cuba y Filipinas; contra la oligarquía política de los partidos turnantes durante la monarquía, sostenedores de la decadencia española; contra el anquilosamiento de los centros universitarios, que por su dogmatismo clerical impedían el libre desenvolvimiento de

Drama y agonía de la cultura española

SANTIAGO RAMON Y CAJAL



la cultura; contra el separatismo de los catalanes y los vascos, regiones focos del clericalismo carlista, reaccionario y absolutistas, del siglo XIX. Su posición ante el estado latente de guerra civil española, puede colegirse por esta llamada suya al apartado "La ingratitud incomprensible de los vascos, los niños mimados de Castilla", del libro "El mundo visto a los ochenta años", que dice: "Cuán pronto hemos olvidado aquellas sangrientas e ignominiosas guerras civiles, cuya finalidad consistía en defender para sí un régimen de excepción e implantar piadosamente en España el execrable absolutismo. Exceptuó, naturalmente, esos grupos heroicos de democratas liberales vasco-navarros que luchan briosamente contra la superstición y la tiranía intolerable de los caciques y de que se hace lenguas el ilustre escritor Blanco Fombona".

Conociendo su carácter y su pensamiento, podemos deducir la magnitud de su obra, capaz de abrirle todas las puertas de la vida oficial, pues lo que predominaba en su tiempo fué, precisamente, el clericalismo como guión de corte, la prepotencia castrense, el oligarquismo político, el fermento separatista, el favoritismo en la enseñanza y en la rectoría de las universidades. Y en estos antecedentes estriba su drama y agonía, pues él fué exponente máximo de la cultura española en el ramo de la ciencia pura.

El alegato de Menéndez Pelayo sobre la ciencia española, no deja de ser una exégesis retórica. Claro que hubo una ciencia española, pero fué el producto de una misión espiritual, recogida por Alfonso VI en el siglo XI, fundando la escuela de traductores de obras musulmanas y judías, colaborando estrechamente las tres entidades hispánicas, cristianos, árabes y sefarditas. Esa misma coincidencia se dió en el reinado de Alfonso X, y dió método y sistema, teoría y ciencia, que se transmitieron a la gesta espiritual de los siglos XV y XVI. Pero si tuvimos un Raimundo Lulio, un Nebrija y un Luis Vives, así como tuvimos equipos de navegantes (y la navegación implicaba entonces la más alta ciencia), que hicieron posible la expansión conquistadora, descubridora y

colonizadora, eso no quiere decir que alcanzáramos categoría sistemática de investigación pura en el laboratorio o en la matemática.

Actualizando el problema, Unamuno lo rechazó a aquella frase: "Que inventen ellos", refiriéndose a que nos reprochaban a los españoles incapacidad científica. Pero lo es esa cuestión. De la ciencia se desprenden muchos inventos, pero la invención, por sí misma, no es ciencia. La ciencia como conocimiento de las causas determinantes de la vida, puede darse sin inventos. Descartes, Vico, Vives, Spinoza, Bacon, Kant, figuran entre los más altos espíritus científicos, aunque nada inventaron, como nada inventaron Copérnico, Newton, Laplace y nuestro contemporáneo Einstein.

En aquel pleito, se trataba de determinar si el pensamiento español era capaz de partir de hechos de la realidad física para llegar al descubrimiento de nuevas relaciones científicas. Y ese es el mérito personal, trascendental, de Cajal: haber demostrado que el cerebro español está organizado para todas las disciplinas intelectuales, exigencias y rigores científicos de la cultura de Occidente. Con el consiguiente mérito de haberse enfrentado a ellos con las características españolas: entusiasmo, emoción, apasionamiento, voluntad, tenacidad. "Las ideas —decía— no se muestran fecundas con quien las sugiere por vez primera, sino con los tenaces que las sienten con vehemencia y en cuya virtualidad ponen todo su amor. Bien puede afirmarse que las conquistas científicas son creaciones de la voluntad y ofrendas de la pasión."

Pero esa fué su participación en el drama de nuestra cultura, la española. Comprobar en sí mismo la posibilidad de una ciencia española de honda raíz y significación humanas, y comprobar que ese caudal en potencia no llegaba a la superficie de las almas por falta de clima espiritual propicio al estímulo. Y ese fué su apoteosis trágica, viendo cómo la ciencia española se debatía agonica en su nacimiento, precisamente por su calidez humana. El hombre de ciencia que fué Cajal vivía en comunión de humanidad, de pueblo, en diálogo con el primitivo. Y participaba de lo trágico cotidiano con sencilla emoción ciudadana, preocupado por el diario acontecer de los hombres. El contacto con sus compatriotas le demostró que en España había problemas fundamentales que resolver, uno de ellos el de la convivencia. No que los demás pueblos no tengan sus cuentas pendientes con su particular destino, sino que en España había necesidad de armonizar las contradicciones, empezando por el elemental derecho de la libertad de pensar y proclamar el pensamiento. El hombre español mantenía una lucha permanente e individual para la conquista de ese derecho, y en tales condiciones la labor científica es producto de individualidades y no de la colectividad, el resultado deslumbrante de un hombre superior y no de una herencia que se hace sistema en el transcurso de las generaciones. La ciencia no puede eludir el desquiciamiento de su estructura cuando el pueblo que la produce vive desquiciado políticamente.

Para corregir en parte esas deficiencias, Ramón y Cajal creó una formación investigadora de equipo. La ciencia no puede ser hoy producto de Robinsones. Tiene una ley de continuidad y una estructura de complejidad que requiere múltiples disciplinas, para las que se necesita esfuerzo colectivo en régimen de libertad y tolerancia. Pero estas dos premisas no se han podido acimtar en España desde que la intolerancia se adueñó de los destinos patrios. Si él tuvo que triunfar luchando contra la tiranía dogmática de la llamada ciencia española, el pueblo español ha de triunfar igualmente contra la tiranía oligárquica para poder desarrollar su propia vida de pueblo creador. Lo que en Cajal pudo ser como individuo, triunfo de la ciencia contra el dogmatismo, también pudo ser en el pueblo triunfo de su libertad contra la tiranía.

Murió Cajal el 17 de octubre de 1934, cuando toda España se vivía la gran conmoción revolucionaria que reivindicó el pueblo en los comicios del 16 de febrero de 1936. Los dogmáticos, intolerantes, los del "defensa de la ley y no enmendalla", resentidos contra el pueblo, provocaron la sublevación militar del 18 de julio de ese mismo año. Y quedó, más abierto que nunca, el gran abismo que venía escindiendo a España. Se agudizó el drama y agonía de la cultura española. De nuevo aparece la llamada "ciencia española" divagando teologías, muere por asfixia el espíritu renaciente de la ciencia pura española que Cajal había puesto a tono con la ciencia de Occidente. Se ha entronizado en España lo que Cajal denominaba "odioso despotismo", "execrable absolutismo" del clericalismo carlista, a hombros del naci-fascismo internacional.

La España de la ciencia pura, fundada y prestigiada por Cajal, tuvo que emigrar para dar testimonio de su ciencia al mundo, pues, de lo contrario, muerta hubiera sido en la península en la persona de sus investigadores, como en el caso del Dr. Peset, de Valencia, muerta por envilecimiento de quienes hacen de la ciencia función de baja servidumbre. Pero toda auténtica ciencia, no obstante su universalidad, brota de condiciones naturales de hombre y tierra, alma y paisaje, espíritu de hombre y paisaje convertidos en una sola entidad. Muerta está después de envilecida la ciencia española que en España quedó. ¿Vive aún la que emigró? La desesperación no es clima propicio para el desenvolvimiento de la ciencia, y la desesperación es el signo de la ciencia emigrada. Pero los investigadores españoles que emigraron están dando una lección tan indispensable para el porvenir de la ciencia como la de la base terrigena que condiciona la vida de los sabios: esa lección es la de la dignidad, que Ramón y Cajal elevó a categoría de magisterio en su oposición a los falsos poderes de España, enemigos de la cultura, enemigos del pueblo, que le obligaron a él a buscar fuera de su patria el reconocimiento a sus méritos, como obligan hoy a vivir desterrada la auténtica ciencia española.

F. FERRANDIZ ALBORZ.
(Especial para EL DIA).

LUIS SCOLPINI

RA comenzar esta nota, cederemos en principio espacio a algunos conceptos que todos en el prólogo del catálogo, que se ven también a la ficha biográfica del artista, escritos por el crítico José P. Argul. Nació en Zapicán, Lavalleja, en el año 1915. En el largo historial de la enseñanza, el Círculo de Bellas Artes, se le recuerda como a uno de los que mejor dibujaron en sus talleres. Ganó por concurso una beca de estudio, trayendo a su regreso de Europa las ansias de sus ejercicios frente al impresionismo y expresionismo alemán. Como latino y americano no absorbió el dolorosa y esencial tortura de la temática de esta última Escuela, de ella tomó la libertad formal que le permitió describir sueltamente y sumergir sus figuras en

densas atmósferas pictóricas, con las ácidas entonaciones grises a la pintura tudésca del momento". "... Luis Scolpini fué a Mercedes a llenar una licencia de tres meses de otro profesor de dibujo en los cursos liceales, y en la bella ciudad del Río Negro permanece desde hace 25 años".

Al visitar la exposición Scolpini, lo primero que se advierte en ella es hallar a un estudioso del dibujo. Y decimos esto con cierta sorpresa, porque sabido es el casi desprecio que por la base esencial de las artes plásticas poseen muchos artistas modernos, y entre ellos los hay precisamente de nuestro ambiente. Este ejemplo permite alcanzar el razonamiento de cómo un pintor debe, por fuerza de sus conocimientos, ser un pintor moderno que no escatime esas bases para realizar su obra, sino que de ellas se sirve para elevarla al más alto nivel. Si bien dichos dibujos, con ser bellos, no implican una sorpresa plástica fuera de la que anotamos, ya que si

poseen valores innegables, están dentro de lo que un artista maduro como lo es Scolpini debe y puede realizar, tienen en cambio un valor agregado, que es el de trasuntar, aparte de cierta originalidad en la técnica —nos referimos a sus dibujos con crayola—, la documentación de tipos y paisajes de nuestra tierra y, sobre todo, de Mercedes, acentuados por la certera visión incisiva del artista.

Al recalcar el estímulo que se siente al admirar la exposición de Scolpini, observemos que su preocupación por el dibujo se extiende a otras fases, como ser esos cuadritos de caballos en que las líneas, que jamás se anulan por las sombras, sostienen con certeza y seguridad un juego de estudio anatómico que no se cierra a la nota académica, sino que deja libertad al impulso que el artista encuentra en acentuar ciertos planos que cree convenientes a su interpretación. Recordamos entre estos dibujos y otros coloreados a la crayola, una cabecita de joven paisano, la serie de "Armando el viandero", película de una vida que se refleja en las variadas expresiones, y hermosos paisajes donde la concepción de componer auxilian a Scolpini con generosidad.

El manejo de esta pintura, que no pasa de lograr colorear al dibujo, encuentra en

el pintor, por su rica gama de colores, un exponente que crea con lo ingrato de los medios, obras que sostienen un bello sentido artístico. Sólo tenemos ante nosotros para juzgarlo más seriamente, cinco óleos. Naturalmente que un artista puede definirse en una obra. Pero ello es difícil, ya que la ductilidad de una interpretación, es la que nos da la medida de su real valer, así como desde luego, un conjunto que en total represente las facetas cumbres del pintor. Sin embargo, podemos nombrar a Scolpini como buen pintor ante las pocas obras que de él están presentes.

Descifremos su técnica primero. Scolpini se manifiesta por medio de un colorido que si no posee las gamas más finas, en cambio existe color y dentro de él se mueve con facilidad y clara desenvoltura pictórica. Esto es importante, pues ya se sentó el precedente de entender lo que es pintura, desde luego que dentro de su forma expresiva. Los antecedentes ya enunciados anteriormente nacen de su viaje a Europa. Si bien su técnica se sirve del choque de las luces y sombras como en algunos paisajes de Kokoska y en algún aspecto del impresionismo personal de Bonnard, lo cierto es que trata la pintura con especial personalidad, acentuándose ésta cuando, con muy buen tino, Scolpini nos la presenta con una temática vivida de lo nuestro, de lo auténticamente nuestro.

Hasta podríamos decir que es un moderno que bebe en un aspecto clásico su composición, y en el cuadro "Nació un gaucho" tenemos que esta se define hasta con elementos estables. Pero el artista sabe darnos un grupo sin ser un símbolo en sus medios expresivos; lo es por lo que de humanidad tiene. La técnica al óleo que emplea el pintor, quiebra en trazos cortos todo el espacio que abarca el cuadro. Este quebrar del color sin perderlo, tiene un porqué, y no existe solamente como espectáculo a los ojos. El porqué es la ardua vibración, la nerviosa vida que imprime, y la armonía pictórica que logra en un total cerrado por esa envoltura que no es débil ni melosa, sino fuerte y quemante muchas veces. "Creciente en el Río Negro", tela que deja lejos la copia servil o la reproducción de tal suceso. El artista se envuelve él mismo en el tema, y nos lo da sentido, tal vez algo atormentado, pero con una dosis de fantasía que se extiende al color. "Parada de carreteros", más naturalista, si así puede parangonarse con las otras, pero que lleva de sí un tema criollo y en tono más bajo acude a la composición sencilla y llevada también con más moderación y simplicidad.

Debemos destacar que aún llevada la técnica a esos extremos expresivos del color, extremos que aceptamos por expresivos, en algunos aspectos se evaden del equilibrio que se ve posee el artista, puesto que reduce su excitación pictórica cuando el tema lo requiere. Este sentido nos presenta una de sus buenas condiciones espirituales.

Es lástima que Luis Scolpini no haya producido más, pero ante la nota de su obra creemos debe insistir, ya que sus maduros condiciones para la pintura le presentan con atributos propios y prontos para realizar la obra que puede tener en él al intérprete sincero y veraz en los temas que, por tan castigados, no dejan de tener siempre una puerta abierta a la admiración. — E. V.



"El Paisanito", dibujo en color (Crayola).



"Armando el Viandero", dibujo a la sanguinea.



"Parada de Carreteros". Oleo.



"Creciente en el Río Negro". Oleo



"Nació un gaucho". Oleo.



Quito. Calle de la Ronda. (Dibujo de Carlos Tutiño).

LA vieja y estrecha calle de La Ronda se mantiene aún, no obstante la moderna marcha de los tiempos, incrustada como una arteria típica en la entana de

Quito. Señala uno de los puntos de contraste de la ciudad quebradizamente original que guarda inigualables encajes de piedra como la racuaga de La Compañía; un

Biografía de la Calle de la Ronda

Escorial de breves proporciones como la iglesia y convento de San Francisco y retables en los cuales los discípulos de Churiguera llegaron, en veces, a superar al del genial retorcimiento de los esulos.

Así de las alturas del Panecillo o de las de la colina de San Juan, a la calle de La Ronda, hay un descenso pronunciado y si aquellas cumplen con su destino de madores, casi a ras de cielo, ésta es una rúa ciega, una visión toledana que arriana del puente, como una película que se extendiera desde su objetivo. El puente abraza a sus techumbres patriarcales y la callejilla aparece como un sendero de silenciosos, plácido de luces amortiguadas en el que se concentran así los aires difusos de la madrugada como los matices de oro y azul de los fulgores de la tarde.

Para la imagen neta de Toledo faltaban en la Calle de la Ronda las rejeras y los tiestos de geranios. Pero allí también es posible asistir a la conversación que se establece de ventana a ventana; al eco que los pasos del transeúnte despiertan en las baldosas, y a las encrucijadas que se tejen, como cerrando el camino, mientras por uno de sus ángulos surge una luz inesperada que trepa por las rampas que señalan el paso hacia otras calles de abierta geografía.

Poco a poco va marchitándose en las crónicas orales la flor de milagro de la Calle de la Ronda. Llamárase así por el repasar galante que supo, como en la Toledo de Garcilaso o el Marqués de Villena, desenvainar flexibles espadas para los nocturnos duelos, juego de aceros reflejos entre la penumbra, choque metálico cerca de los mortecinos candiles. O fuera La Ronda, según otras versiones, el embudo urbano en donde se refugiaban los perseguidos por la Justicia, los revolucionarios o los que habían levantado su protesta contra las golas de la Real Audiencia. O quizá también porque en la configuración primitiva de Quito tal angosta vereda de no más de un metro, que se extendía entre el Puente de Venezuela y el en otro tiempo tenebroso de Los Gallinazos y que se asentaba entre dos cuevas pronunciadas, era el camino de ronda que separaba, no obstante su proximidad, a la parte exterior de Quito, a la calle Real con su puerta castellana del Arco de la Reina, a la población de pro, casi empujada con respecto a esa arteria para amortiguar los ruidos o para escuchar, como en las fábricas felipescas del rebote de los sonidos, los rumores de afuera o hasta las palabras lejanas, sin que se advirtiera al observante que por allí decu-

rría, cubierto por el embozo e inclinado silenciosamente hacia el ojo del farol que se recata bajo el ala de la capa.

Calle para la evocación y la leyenda todavía las guitarras de la serenata, hasta una edad post-romántica que no se aleja mucho de nuestros días, crearon en su ambiente, para expandirlas sobre sus alas florecidos de siemprevivas y de gatos, las notas de las brumas de Antonio C. Toledo, ese Bécquer andino que cantó, entre la inviernada quiteña, a medias lacrimoso e irónico, la historia de un amor contradictorio:

*Es inútil, mi Lien, que delirantes
de tu amor ni ceño mío hab'emos más,
que al cabo de la plática, tan sólo
torceremos que llorar.*

*Cuanto es de breve el plazo de la vida,
inmensa es la distancia de ti a mí.
Hablemos del amor de los demás
que nos hará reír.*

Aquellas brumas que brotaron, oportunas o retardadas, en los finales del siglo diez y nueve y su veraz lamento, encendido en el licor de los trasnochadores, golpeaban contra las paredes de la Ronda hasta los primeros años de nuestro siglo de los motores. cuando el policía dormitaba en la esquina, "parado sobre un solo pie", y cuando sobre la calleja que apenas deja el paso al flaco automóvil, habían casi cerrado su cielo las alas del primer aeroplano aventurado a empujarse sobre estos Andes enhiestos.

En antes —siglo XVIII—, iría por la calle de la Ronda el doctor Eugenio Espejo. Tal vez a la cita romántica, a la realística consulta médica o a la conjura política, llevando las décimas satíricas del Retrato de Golilla o la traducción suya de los Derechos del Hombre.

Nacidos en la calle de la Ronda alcanzamos a recoger los datos legendarios de sus historias de vivos heroicos o de mudos aparecidos, y a comprender cómo en ese retiro que recuerda lejanamente a Toledo, que resume, en días de lluvia, la eterna tristeza de la calle bilbaína del mismo nombre, teatro de la infancia de Uamuno, la constelación del silencio sirve para percibir las voces interiores; el edificio acicatea la curiosidad universal y las luces que caben en el lienzo que se estrecha logran despertar el gusto por la más dilatada fiesta de los colores.

Augusto ARIAS.

Quito, 1952. — (Especial para EL DIA)

Fajas y faja-calzón
WARNER'S
con el cinturón *Stra-4p-744* (pat.) le brindan
comodidad como ninguna.

Corpiños *ABC-D-ALFABET*
WARNER'S se confeccionan
en distintos largos, varios tamaños de taza
y diferentes anchos de espalda.

CORPIÑO SIN BRETIL MODELO N° 062
FAJA CALZÓN MODELO N° 835
CORPIÑO CON BRETIL MODELO N° 290
FAJA MODELO N° 834

EN VENTA
EN LAS BUENAS CASAS
DEL RAMO



Aquel día cumplió cien años. El primer homenaje fue una flor blanca, como la de Martí, que le ofrecieron en nombre de Juana de Ibarbourou. La poetisa Quisqueya Sánchez cumplió la misión gentil.

Un Prócer de América

Federico Henríquez Carvajal

PARA todos los americanos — no hago distinción de latitudes o de orígenes — Santo Domingo de Guzmán, la Ciudad Primada de América, es un motivo de atracción turística. Colindante con la leyenda, la parte dominicana de la isla ofrece múltiples puntos que imantan la curiosidad del viajero. Su aspecto típicamente colonial — ahora entrecruzado de líneas aerodinámicas — da la sensación de un pretérito cuya vigencia aún ata al gusto de vivir. Junto al Ozama cantarino, se yergue la ceiba a la que Colón amarró sus naves. Junto a la bahía festonada de disímiles banderas, se alzan las murallas del alcázar que vio otrora el idilio de don Diego Colón con doña María de Toledo. Junto al ejetreo de la moderna Avenida de Washington, se levanta el bastión del Conde, lugar sagrado en la historia republicana, escenario de un juramento de héroes por rescatar la libertad. Mientras a la sombra de la cruz simbólica del pabellón patrio un pueblo trabaja y sueña y espera, a la sombra de las arcadas de la catedral duermen su eternidad de gloria los verdaderos restos del Almirante que dio a España un Nuevo Mundo. Así, la capital dominicana sonríe al visitante y le encadena a su hechizo como una mujer bonita.

Para los americanos que ven algo más que lo inmediato, Santo Domingo de Guzmán tuvo por muchos años un extraordinario punto de referencia. Allí vivía, allí elegionaba, allí se mantenía en pie un prócer de las más altas dimensiones continentales: Don Federico Henríquez Carvajal, maestro de América como sus hermanos Martí, Hostos, Sarmiento, Batlle Ordoñez, Montalvo, Justo Sierra... Allí vivía hasta hace unas pocas semanas. Allí le vi hace algunos años. Ahora, para evocar su figura, escribo este artículo que apenas es un salto de mi habitual itinerario de Cuba porque Don Federico fue cubano también por obra y gracia del espíritu santo de la libertad.

Fue una vida consagrada al destino de su América. Le tocó nacer en momentos febriles de la historia dominicana, el 16 de setiembre de 1848. Hizo del periodismo una razón suprema de vivir; pero no un modo de vivir, lo cual rebaja la dignidad de ese sacerdocio laico. Sus páginas impresas, como las de sus grandes congéneres de las tierras fraternas, fueron arietes de luz, espadas flamígeras, tizonas resplandecientes. Abogó por la patria libre y por las patrias libres. No redujo su mirada al prosenio de Santo Domingo, despedazado por discordias intestinas. La echó a andar por caminos y atajos de América, junto al hombre esclavizado, junto al ciudadano escarnecido, junto al que se batía en trincheras de ideas o en trincheras de piedra.

Su vida tuvo una actividad intensísima. Jamás escamoteó un peligro. Jamás volvió las espaldas al cumplimiento del deber. No fue un hombre de armas, pero en todas las luchas civiles de su tierra había que oír su voz de maestro y enfrentar su prosa periodística. Los que detentaron el poder en la República, estremecida de santas cóleras, le hallaron siempre erguido, con los ojos firmes en una entrella redentora. Mientras combatía, sabía hallar unas ho-

ras para los más puros menesteres del espíritu. Así fue poeta en grado indiscutible. Más de un libro de versos llevó los lados de su corazón a diversos horizontes. Su nombre traspasó las fronteras de Santo Domingo. Y toda América supo que don Federico Henríquez Carvajal era un orgullo de la especie humana.

En 1892, don Federico ya era un prócer. Se le miraba con el respeto que inspira una existencia dedicada al bien. Ya teníaendada más de la mitad del camino, al menos en estadísticas normales. En esa época pisó por vez primera suelo dominicano un cubano de proyecciones superiores a su medio, José Martí, entregado totalmente a una causa radiante: la liberación de Cuba. Los hombres se atraen en razón directa a la magnitud moral. Los dos se identificaron en un abrazo. Martí encontró un amigo y un hermano.

Rápidos avanzaban los preparativos revolucionarios en Cuba. La isla estaba minada de conspiradores. Las emigraciones nostálgicas eran un haz bajo el influjo aglutinador del Apóstol. En Santo Domingo, Henríquez Carvajal encarnaba el más eficiente apoyo a los próximos combatientes. Caían las hojas del almanaque como hojas empujadas por el viento. El tiempo, viento cósmico, acuñaba horas tras horas.

En 1895 estalló la guerra en Cuba. Martí encendió esa estrella. Debía morir besado por su luz. Y como un lógico man-

dato de raíces terribles, escogió a Santo Domingo para alcanzar las costas cubanas. Al partir, un 25 de marzo, escribió a don Federico la más hermosa, la más vidente, la más honda de todas las páginas de su epistolario. Con mano firme trazó los primeros renglones: "Amigo y hermano: Tales responsabilidades suelen caer sobre los hombres que no niegan su poca fuerza al mundo y viven para aumentarle el albedrío y decoro, que la expresión queda como vedada e infantil, y apenas se puede poner en una enjuta frase lo que se diría al tierno amigo en un abrazo. Así yo ahora, al contestar, en el pórtico de un gran deber su generosa carta. Con ella me hizo el bien supremo y me dió la única fuerza que las grandes cosas necesitan, y es saber: que nos las ve con fuego un hombre cordial y honrado. Escasos, como los montes, son los hombres que saben mirar desde ellos y sienten con entrañas de nación o de humanidad. Y queda, después de cambiar manos con uno de ellos, la interior limpieza que debe quedar después de ganar, en causa justa, una buena batalla..."

Es una carta impar. Quien la recibe, sabe que esas líneas pertenecen a la Historia. Apenas dos meses más tarde, Martí ha caído como lo que ya en sus versos sencillos: "de cara al sol". Don Federico bautiza la reliquia: Testamento de un héroe. La posteridad añade: Testamento político.

Efectivamente: en esa carta consta, en apretada síntesis, el pensamiento de José Martí sobre problemas fundamentales de América. Más de una sentencia puede ser desglosada del texto y más de una frase equivale a un tratado de filosofía política: "La dificultad de nuestras guerras de independencia y la razón de lo lento e imperfecto de su eficacia, ha estado, más que en la falta de estimación mutua de sus fundadores y en la emulación inherente a la naturaleza humana, en la falta de forma que a la vez contuviese el espíritu de redención y decoro que, con suma activa de ímpetus de pureza menor, promueven y mantienen la guerra, y las prácticas y personas de la guerra. La otra dificultad, de que nuestros pueblos amos y literarios no han salido aún, es la de combinar, después de la emancipación, tales maneras de gobierno que, sin descontentar a la inteligencia primada del país, contengan — y permitan el desarrollo natural y ascendente — a los elementos más numerosos e incultos, a quienes un gobierno artificial, aún cuando fuera bello y generoso, llevara a la anarquía o a la tiranía... Quien piensa así, no ama a la patria... y está el mal de los pueblos, por más que a veces se lo disimulen sutilmente, en los estorbos o prisas que el interés de sus representantes ponen al curso natural de los sucesos... Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América, y el honor, ya dudoso y lastimado, de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo... Hagamos por sobre la mar, a sangre y a cariño, lo que por el fondo de la mar hace la codillera de fuego andino."

Con el paso de los años, don Federico Henríquez Carvajal creció en el concepto de América. Su nombre se repetía como un

símbolo de la tierra que más amó Colón, según afirman los dominicanos. Y, por eso, en una hora crucial de su patria, fue de pueblo en pueblo, peregrino de luz, llevando el derecho en su diestra como un bordón relampagueante...

Fue un mal momento en la política exterior de Norte América. Santo Domingo se vio crucificado, entre las bayonetas de la marinería yanqui. Acaso un poco de culpa en gobernantes sin escrúpulos; pero sin justificación en las relaciones internacionales. Una patria humillada por los más fuertes. Aquello dió la medida de la estatura moral de don Federico. No aceptó los hechos consumados y, seguro de sí mismo — como si le guiaran las sombras hermanas de Martí y de Hostos, de los fundadores de repúblicas, de los maestros y de los guerreros —, recorrió el continente desde el Río Bravo al Estrecho de Magallanes. Así le recuerdan connotadas figuras latinoamericanas. Así le recuerdan uruguayos preclaros, asomados al cósmico bandal de América. Tenía ochenta años ya y su ancianidad no era óbice para la extraordinaria dinámica de su intelecto.

Mucho tiempo después, en ocasión de un congreso de naciones del Caribe, tuve el honor de visitarle. Rebasaba las noventa primaveras, y hago uso intencional de la expresión por la frescura de aquel cerebro. Aunque apenas veía, por incipientes cataratas, estaba al tanto de todo el movimiento de su casa. Me acerqué a él con reverente actitud. Le besé la mano porque le vi trasnado de José Martí. Con cariño de padre habló de sugerentes temas americanistas. Gentilmente, recordó algunas páginas nuestras. Al salir de su hogar, tuve la nítida sensación de que América siempre se salvará por esos hombres.

Hay días oscuros y dirigentes que no merecen serlo; pero esa reserva moral cumple a pleno sol lo que decía Martí. Hacen, por encima de mares y de tierras, lo que el cinturón de fuego andino por debajo de tierras y de mares. Atan, estrechan, unen. Así vivió don Federico Henríquez Carvajal. Así murió. Al cumplir los cien años — y el acontecimiento fue un jubileo continental en torno a su nombre —, escribió un mensaje para ratificar los postulados esenciales del derecho y de la libertad. Entonces dijo: "Así — mirando a toda la América libre de dominación extranjera, disfrutando cada pueblo de absoluta soberanía e independencia, afianzada en lo interno la paz jurídica, dentro del ejercicio de todas las libertades ciudadanas, con absoluto respeto a la dignidad del hombre, resolviendo todos sus problemas armónicamente, sin las perturbaciones de la tiranía ni de la anarquía — deseaba terminar el largo proceso de mi vida, tranquila la conciencia, con amor para todos mis semejantes, con un voto de gracias para cuantos me colman, no de ahora, de respeto y de distinciones."

Así vivió don Federico. Así murió. Amó a América. América le ama.

Andrés de PIEDRA-BUENO.

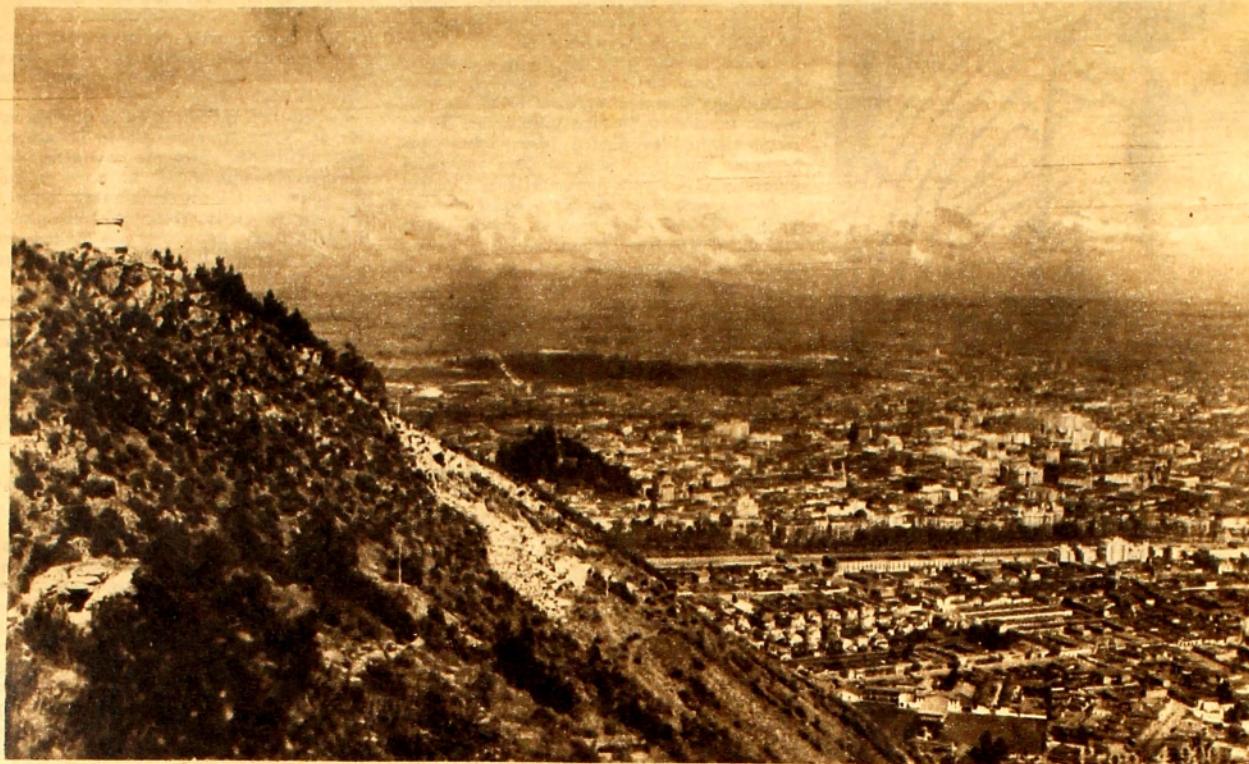
La Habana, abril del 1952. — (Especial para EL DÍA).

Amigo y hermano: Tales responsabilidades suelen caer sobre los hombres que no niegan su poca fuerza al mundo, y viven para aumentarle el albedrío y decoro, que la expresión queda como vedada e infantil, y apenas se puede poner en una enjuta frase lo que se diría al tierno amigo en un abrazo. Así yo ahora, al contestar, en el pórtico de un gran deber su generosa carta. Con ella me hizo el bien supremo y me dió la única fuerza que las grandes cosas necesitan, y es saber: que nos las ve con fuego un hombre cordial y honrado. Escasos, como los montes, son los hombres que saben mirar desde ellos y sienten con entrañas de nación o de humanidad. Y queda, después de cambiar manos con uno de ellos, la interior limpieza que debe quedar después de ganar, en causa justa, una buena batalla...

Comienzo de la famosa carta de Martí a don Federico.

Amigo y hermano: Tales responsabilidades suelen caer sobre los hombres que no niegan su poca fuerza al mundo, y viven para aumentarle el albedrío y decoro, que la expresión queda como vedada e infantil, y apenas se puede poner en una enjuta frase lo que se diría al tierno amigo en un abrazo. Así yo ahora, al contestar, en el pórtico de un gran deber su generosa carta. Con ella me hizo el bien supremo y me dió la única fuerza que las grandes cosas necesitan, y es saber: que nos las ve con fuego un hombre cordial y honrado. Escasos, como los montes, son los hombres que saben mirar desde ellos y sienten con entrañas de nación o de humanidad. Y queda, después de cambiar manos con uno de ellos, la interior limpieza que debe quedar después de ganar, en causa justa, una buena batalla...

Cierre de la carta inolvidable.



La ciudad vista desde el San Cristóbal.

Estampas de Chile

Haz y envés de Santiago del Nuevo Extremo

CUANDO al promediar una tarde de bochorno estival el chofer, deteniéndose en una curva que coronaba una cuesta nos dijo triunfalmente: "¡ Ahí está Santiago!", nuestra mirada no alcanzó a divisar otra cosa, entre el reverberar del sol, que algunos puntos grises entre nubes de polvo. El valle de Santiago aparecía ante nuestros ojos, perdido en la infinita grandeza andina, como un ojo gigante hundido en las cuencas de la montaña, un ojo de extraña luminosidad gris!

Y a medida que el auto continuaba su marcha y enfrentaba las curvas más suaves de la precordillera, aparecía y desaparecía la ciudad, como un juguete escamoteado, una ciudad chata, informe, sin edificios que surjan como punto de referencia; vista así, desde los caracoles del descenso, una ciudad impersonal, gris...

¿Era el cansancio producido por las doce horas de auto del cruce cordillerano? ¿Era el calor?... ¿Era que la grandeza infinita del cataclismo geológico que acabábamos de conocer nos quitaba todo sentido de ponderación y reducía toda otra emoción a términos despreciables?

¿Dónde estaba el valle de Santiago, aquel que nosotros buscábamos? ¿Aquél que habíamos descubierto en lecturas de aquí y de allá, siempre envuelto en nieblas azules, aquel valle de verdes incomparables y de ríos espumantes, aquel valle que hiciera estallar de gozo al fiero Pedro de Valdivia?

Las aguas del río Blanco que hemos visto bajar del nevero como un hilo de plata, son ahora tumultuosas y grises, corriendo en su cauce estrecho. Y allá abajo el Mapocho es un tajo oscuro. Todo lo que nos rodea: la carretera, el ramaje bajo que la margina, las primeras casas que se alinean

a su vera, los chiquillos astrosos que están a sus puertas, los cercos de adobe, las nubes de polvo que levantan los vehículos (ese polvo fino e imperceptible de la cordillera que nos rodea por todos lados), todo es gris.

Santiago del Nuevo Extremo la llamó Pedro de Valdivia en el acta de fundación que lleva la fecha 12 de febrero de 1541.

Ningún otro nombre del santoral cuadra mejor a la nueva ciudad que el del apóstol guerrero. Cruz y lanza ha de empuñar ella, enclavada en el corazón del territorio que más caramente se vendió a España. La Araucanía es tierra de luchas y de sacrificios, indómita, bravía, como los volcanes que dominan su suelo y los torrentes que se despeñan de sus montañas. Nieve por fuera, corazón de fuego. Rebelión y guerra. Bien lo sabe ya Pedro de Valdivia.

Pero escribe a Carlos V, su señor y emperador, el 4 de setiembre de 1549:

"Y para que haga saber a los mercaderes y gentes que se quisieren avecindar que vengan; porque esta tierra es tal que para vivir en ella y perpetuarse no la hay mejor en el mundo. Digo porque es muy llana, sanísima de mucho contentamiento, tiene cuatro meses de invierno no más, que en ellos si no es cuando hace cuarto la luna que llueve un día o dos, todos los demás hacen tan lindos soles que no hay para qué llegarse al fuego."

"El verano es tan templado y corren tan deleitosos aires que todo el día se puede el hombre andar al sol que no le es importuno. Es la más abundante de pastos y yerbas y para darse todo género de garbanos y plantas que se pueden hacer mucha e muy linda madera para hacer

"casas infinitas. Otra de leñar para el servicio de ellas y las minas riquísimas de oro y todo la tierra está llena dello y donde quiera que quisieran sacarlo allí hallarán qué sembrar y con qué edificar y agua para y herba para sus ganados que para la crió dios a posta para poderlo tener todo a mano."

Los chilenos, que tienen por la tradición histórica un respeto profundo y un vivo sentido de su enseñanza, que arranca de los Barros Arana, los Vicuña Mackenna, los Amunátegui, han grabado en un bloque de granito estos párrafos proféticos y están allí al pie del cerro de Santa Lucía, junto a la calle bulliciosa, en la suave pendiente tapizada de verde, despertando la curiosidad del turista desencantado que deambula por Santiago. Así la encontré yo un día en que ya no podía afirmar su verdad, y en que ya... había descubierto el valle de Santiago.

Había visto los celajes azules que lo envuelven, la luminosidad que se levanta de la ciudad entera convirtiéndola en un áscua de oro, el geométrico trazado de sus calles, que se convierte al caer la noche en un gigantesco tablero de ajedrez, cuyas líneas de luz se hunden en la entraña misma de la montaña y las manchas de follaje de sus parques y el verde de las vegas que la circundan. El mirador admirable lo encontramos en el fondo de los Vicuña Mackenna, en Peñalolén, lugar a pocos kilómetros de Santiago y al que llegamos un tanto al azar. Enclavado en las mismas estribaciones de la cordillera, su casa patriarcal, llena de recordaciones grates —fue refugio de Andrés Bello—, está hoy convertida en hostería.

El cerro de San Cristóbal es otro de los miradores admirables de Santiago. Ubicado sobre un ángulo de la ciudad, se levanta desde las mismas calles como una mole imponente cubierta de vegetación. Se llega a su cumbre en escasos minutos transportado por un funicular. El cerro se eleva a 342 mts. sobre la ciudad (Santiago está a 520 mts. sobre el nivel del mar) y el espectáculo que se ofrece a nuestra vista desde las terrazas, es magnífico: la ciudad, el valle y las montañas, en una conjunción de maravilla. Al frente, la ciudad se extiende por todo el valle dividida casi simétricamente por el río; a nuestra espalda, bosques, llos y caminos serpenteantes en la montaña, por donde surge alguna hostería de cromo antiguo; rodeando todo y envolviéndonos a nosotros mismos, los picachos blancos y las cumbres azules de los Andes. La imaginaria religiosa no falta nunca en los cerros chilenos y el pueblo acude a ellos cargado de ofrendas y ex votos que coloca a sus pies o prende en donde le es posible.

Ver encender las luces de Santiago desde este palco maravilloso que ofrece el San Cristóbal, es un espectáculo inolvidable. En verano se agrega la nota pintoresca de la gente que concurre a pasar las tardes de domingo al cerro con su chiquillada inquieta y sus bolsones de provisiones y que se arremolinan en las estrechas pistas o en los senderos abruptos, verdaderos caminos de cabras, y que con una despreocupación que a nosotros, habitantes de la planicie, nos hace estar en continuo sobresalto y desasosiego, se ubican pacientemente a merendar con los pies colgando sobre un abismo de más de 100 metros mientras sus "guaguas" (1) brincan y correatan sobre las cornisas naturales que bordean el precipicio o practican equilibrio entre los hierros y cables de la boca oscura del funicular. Sorprende lo desaprensivo que es el chileno. En este cerro no hay casi parapetos y las escaleras labradas en la roca no poseen pasamanos alguno. Hombres con una fantástica borrachera, "curaos", como dicen allí, y madres con un niño en brazos y otros de la mano, circulan naturalmente. Y por lo visto nada pasa, ni nadie piensa que pueda pasar. Sólo los nervios nuestros sufren una tensión desusada.

Otro mirador natural de la ciudad es el Cerro de Santa Lucía. Es un cerro que surge abruptamente en el corazón mismo de la ciudad y eleva su cumbre coronada de torreones (resabio de la época en que fue atalaya militar) a 100 metros de altura sobre Santiago. Desde hace ya largos años Santa Lucía es el paseo ciudadano por excelencia. Con sus escalinatas de gusto finisecular, su amplio y cuidado camino para autos, sus jardines perfectamente delneados, sus senderos encantadores, sus grupos de árboles y arbustos, sus terrazas y balcones que avistan a la ciudad por los cuatro puntos cardinales, constituyen un ejemplo de urbanización perfectamente logrado. El mano del hombre ha transformado el agreste "Huelén de los Mapuches" (2) donde clavó el pendón de Castilla Valdivia en 1541, en uno de los paseos más notables de la ciudad, desde 1872, en que el Intendente de Santiago, con clara visión de futuro, convirtió al cerro en uno de los paseos urbanos más hermosos de América del Sur. Allí se encuentra instalado el Museo de Arte Popular, al que yo me referiré en otro artículo, y en uno de sus ángulos, sobre la calle Victoria Soubercasseeux, en un vetusto edificio al que el cerro le presta sus muros pétreos, imponentes para limitar su triste patio, laboran calladamente desde hace más de 20 años, esculpando



La imponente masa gris y el verdor del Cajón de Maipo.



Antaño y hogano: a la derecha, la Casa de la Moneda, obra del arquitecto Toesca, empezada en 1786 y terminada en 1804, hoy residencia presidencial; a la izquierda, el moderno Hotel Carrera.



Edificios asísmicos en la Alameda O'Higgins, que cruza la ciudad de Este a Oeste en una extensión de 4 kilómetros.

destino mejor, los maestros de la Escuela de Desarrollo, una de las más antiguas escuelas para anormales de América.

Santiago —como las mujeres de saya y manto de las tradiciones coloniales—, es celosa guardadora de sus encantos, y el turista apresurado poco o nada puede captar de ellos.

Santiago, como todas las grandes urbes, es ciudad de contrastes: miseria y riqueza, promiscuidad y confort, suciedad y lujo, sombras y luces. Todas las antinomias de las grandes ciudades se dan en ella. Pero aquí los habituales contrastes son más violentos, saltan más a la vista, constituyen la característica más saliente de la ciudad; diría yo que las medias tintas están muy cargadas y el viajero de allende los Andes sorprende las sombras... y descuida las luces.

Ciudad moderna, conserva notables edificios coloniales y barrios enteros de gracia castiza.

En sus calles céntricas alternan los modernos trolley-buses con los "micros" (3) de colores llamativos, y los "carros" (4), tan destartados y ruidosos que cuando pasa alguno ni aún a gritos podemos entendernos con nuestro interlocutor; y no es extraño ver asomar a algún "mateo" (5) de estampa novecentista muy ufano de prestar aún buenos servicios en una ciudad donde escasean los taxímetros.

En "las micros" el destino está indicado con una leyenda que reúne ambos puntos terminales, de lo que resultan cosas como esta: "Pila - Cementerio".

Los autos circulan veloces, dirigidos por señales luminosas, todos de último modelo, americanos y de gran cilindrada. El coche chico, el europeo y el viejo, son artículos de museo, lo que resulta lógico, pues las grandes alturas que circundan la ciudad los excluyen.

Esta ciudad, que nos pareció vista desde las estribaciones cordilleranas, chata e informe, posee barrios céntricos con grandes edificios asísmicos, todos de altura uniforme, generalmente de 11 pisos; edificios grises, sin cornisas ni adorno alguno, con cientos de ventanas simétricamente dispuestas, con ascensores ultramodernos y pasajes en todos sus pisos y aún en el subsuelo.

Los pasajes dan a Santiago un sello particular y permiten agrupar un comercio activísimo en reducido espacio. Los hay de calle a calle, en forma de cruz y aún de 8 ramales; los hay suntuosos en los grandes edificios de las calles centrales dedicados al comercio ultra-elegante y repitiéndose simétricamente en todas las plantas, y los hay sucios, pintorescos, dedicados al comercio de lo barato y de rezago en los barrios pobres o en las calles típicas. Cerrados y modernos como los de la calle Ahu-



¿Ciudad impersonal? Cruce de Alameda O'Higgins y Ahumada.

mada, o abiertos ocupando los patios de carruajes de viejas casonas coloniales como el de la "Casa Colorada" en la calle de La Merced.

Pero ya sea en calles o pasajes, el comercio tiende a agruparse siempre por ramos.

—¿Busca Ud. "paqueterías" (6)? "Al tiro pues", por la calle de San Diego.

—¿Chalas? (7). En la calle Puente. Esta bendita calle debe su nombre a que desemboca en el famoso puente de cal y canto sobre el Mapocho.

Algunas de estas calles, como la de San Diego o la de San Antonio, son de un pintoresquismo inimaginable. Son calles de pueblo y el pueblo es siempre pintoresco. Este es un pueblo que vende y compra, regatea, gesticula, usando mil giros chilenos; es el mismo del gran mercado de las Vegas y de la Plaza de Abastos, al otro lado del Mapocho, y está formado por modestos comerciantes que desarrollan su actividad en un cuchitril atestado de mercadería y se hacen ayudar por "cabros" (8) ágiles y serviciales, pese a su mísero aspecto, sin problemas de horario ni de salario mínimo, y mujeres que instalan sus inverosímiles locales en un portal, bajo una escalera, en la propia calle. Es un pueblo homogéneo, sin mezclas étnicas, bien distinto por cierto al del Río de la Plata, que vuela en este comercio sin igual de los barrios pobres de Santiago la reminiscencia del zoco árabe.

Pero la perfección de este comercio barullero y barato, son los portales de la Plaza de Armas. De movimiento inusitado a cualquier hora, esta recoba ocupada por comercios en su totalidad, al extremo que se han "inventado" locales bajo los pesados arcos y junto a las columnas, cerrando así la perspectiva de la Plaza, ocupa totalmente dos costados de ésta.

La Plaza de Armas —típica plaza de las ciudades de Hispano América— es el corazón mismo de Santiago. Fresca y verde, aún bajo el calor, el polvo y la sequía del verano, presenta una verdadera barrera de bancos delineando sus jardines que jamás están vacíos. El santiaguino gusta de pasar sus buenos ratos en la plaza, leyendo o platicando con el hombre de la calle mientras se regodea contemplando la magnífica arquitectura de la Catedral, la remozada Casa Consistorial, el Palacio Arzobispal, la Casa de Correos, que es como rever la historia de la ciudad, pues buena parte de ella está sobre estos muros.

La Catedral enfrenta sus líneas severas con excesos góticos y ostenta un interior magnífico con notable sillería tallada, uno de sus púlpitos blasonado, magníficos frescos en los altares y en los techos. (La pintura ha sustituido a la imaginación en muchos altares de las iglesias de Santiago). Se extiende de calle a calle y el santia-



Plaza Bulnes, rodeada de grandes edificios del Estado.

guino de la plaza os dirá con suficiencia: —"Maravillosa, ¿verdad? Pues de pura casualidad. Los planos pertenecían a la de Cuzco y por error llegaron a Santiago." Y se ocupará de darnos datos sobre su construcción, los sucesos relacionados con ella, su terminación en 1670, etc., porque el chileno es amable por naturaleza e historiador por vocación.

Cada plaza de Santiago tiene un sello característico: Moderna, de la Italia; espectacular, la de Bulnes; castiza, la de Armas; romántica, la Brasil, con sus parejas de novios dando vueltas en su torno, su copudo ombú, sus niños jugando y los ben-

mujeres y niños se apeñuscan formando cerrados corros para que bailen cueca y raspa cuatro o cinco parejas en cada uno hasta quedar exhaustas al compás de una banda o de rascos estrepitosos, mientras el torbellino y la agitación crecen bajo la falsa alegría del alcohol. Festa de los miseros, en la plaza humilde casi sin luz; los vendedores se iluminan con velas y las caras oscuras adquieren bajo la luz mortecina un aspecto fantasmal, imagen viva del dolor, el hambre y la miseria del roto chileno. Y cuando nos alejamos en el trolley-bus, nos persigue el vocinglerío de los vendedores y nos llevamos la visión del



Dos uruguayos junto a la Piedra de Valdivia. (El historiador Flavio García y la profesora de historia Srta. Olga del Bo).

cos formando verja a cada columna de alumbado, "porque así es mejor para que estudien los chiquillos". Y nos dicen que en la época de exámenes los bancos así dispuestos se llenan por las noches de estudiantes que aprovechan esa brisa fresca, incomparable, de las noches santiaguinas, mientras la vecindad vela por el silencio necesario.

Humilde la de Jungay, con su monumento pretencioso que recuerda la batalla homónima y pretende homenajear al héroe de ella, el "roto". La conocimos precisamente un 20 de enero, aniversario de la batalla y "Día del Roto chileno". La conocimos con su aspecto característico de este día; con sus vendedores de globos, de gorros de papel; de chirimbolos, "de mote con huesillos" (9), mientras cientos de hombres,

niño esmirriado, descalzo, cetrino, con una tira que quiso ser blanca sujetando sus crenchas negras y su grito chillón: "¡Alba-haca! ¡Alba... haaca... patroncita!"

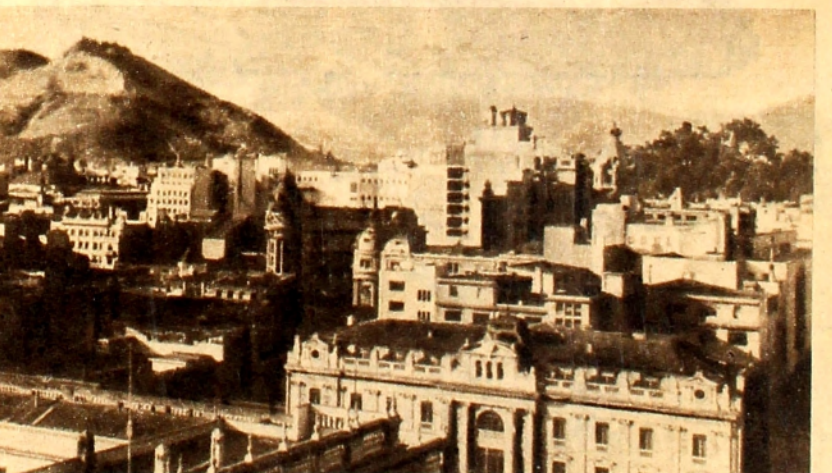
Dora BURGUEÑO CRAVIOTTO.

(Especial para EL DIA).

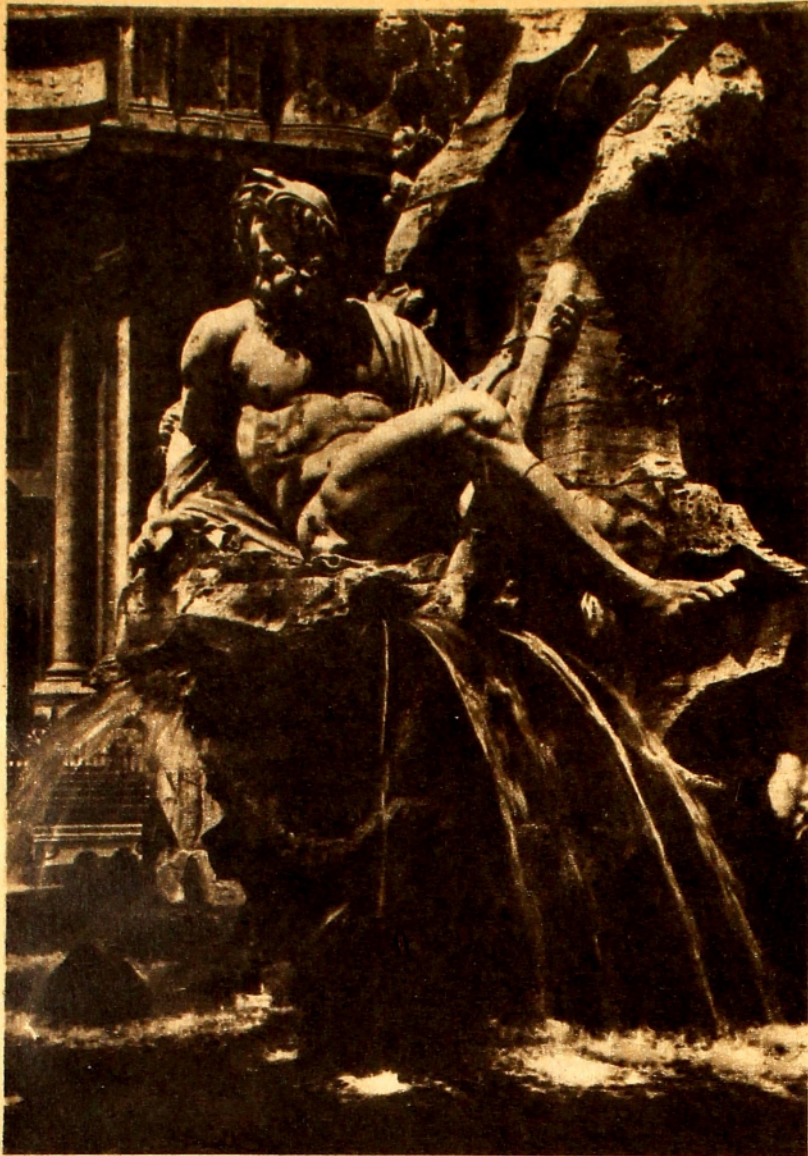
- (1) Niños pequeños.
- (2) Tribus indígenas del centro de Chile.
- (3) Omnibus.
- (4) Tranvías.
- (5) Volantes.
- (6) Mercaderías.
- (7) Alpargatas.
- (8) Muchachos.
- (9) Plato nacional chileno. Maíz blanco preparado con ciruelas secas en almíbar.



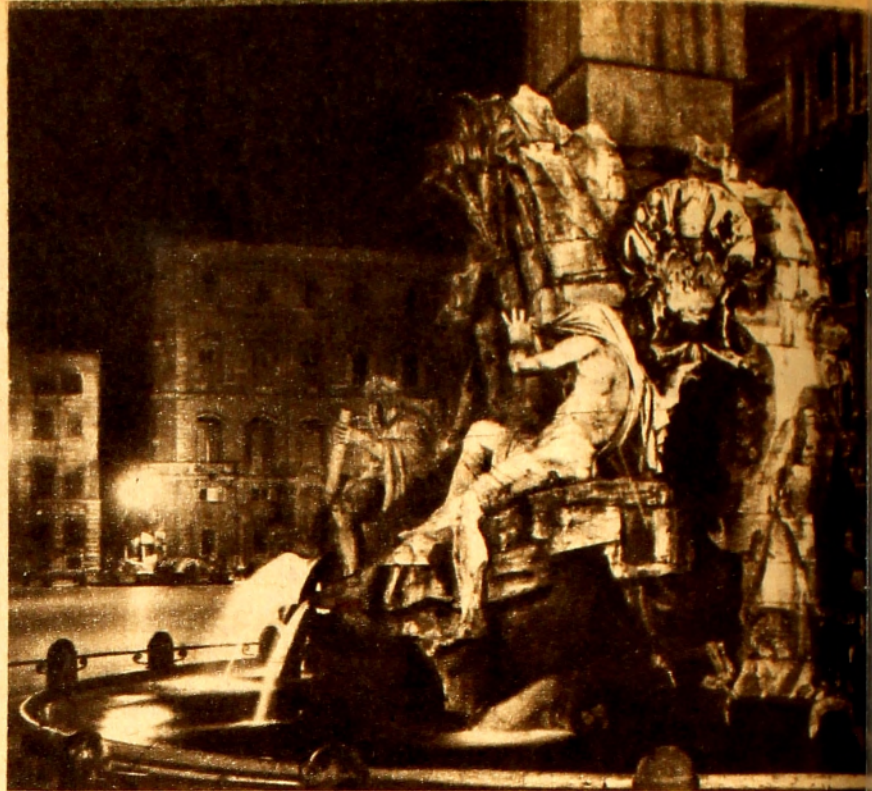
Vista parcial de la ciudad desde el Santa Lucía.



Desde el antiguo Huelen se contempla la ciudad, la cordillera y el San Cristóbal



Detalle representando El Ganges, de la Fuente de los Ríos.



Fuente de los Ríos. A la derecha el "Río de la Plata" con la mano en ademán de...

LA FONTANA DEL RIO DE LA P

ESTA fuente colocada en el centro de la plaza Navona, se la conoce por la "Fuente de los ríos", pero los romanos prefieren llamarla "Fuente del río de la Plata" porque la escultura que lo representa motivó en la época una serie de graves disgustos y discusiones que alcanzó contornos de verdadera guerra entre las varias corrientes artísticas, en pleno siglo del barroco; con lo que el Río de la Plata adquirió una celebridad que todavía conserva. Era en el 1600, período de debates artísticos impuestos por el barroco, entonces en auge, y entran a escena dos famosos y grandes arquitectos: Bernini y Borromini.

El primero, Bernini, del que hace algún tiempo dimos noticia en estas mismas páginas del Suplemento de EL DIA, propietario de las obras de la Galería Borgheese, de Roma, sufrió un serio agravio de la corte pontificia. Al morir el papa Urbano VIII, que era su admirador y mecenas además de íntimo amigo, le sucedió el papa Inocencio X que, no se sabe por cuáles razones, le tenía a Bernini un odio asesino al punto de que inmediatamente lo relevó de todos sus trabajos, muchos de ellos iniciados y otros por terminarse. Dada la grandiosidad de la obra que tenía encomendada, y conociendo la genialidad de Bernini, la resolución del papa produjo en el ambiente artístico romano una tremenda impresión, tanto más cuanto se sabía que era perfectamente infundada la adversidad hacia el pobre Bernini. A pesar de eso el papa mantuvo su resolución y encargó al arquitecto Borromini la construcción del edificio para iglesia de S. Agnese, el que

se levantaría en la plaza Navona, en aquellos entonces en formación con otros maravillosos edificios, como por ejemplo el de Don Olimpia Panfili, que ofrece la particularidad de tener al frente, a la entrada, columnas pertenecientes a la antigua basílica de San Pedro. En este edificio se instalada ahora la Embajada del Brasil. La construcción de esta iglesia significó para Borromini, enemigo acérrimo de Bernini, un verdadero triunfo, dándosele la oportunidad de aplicar su fantasía barroca al punto que el edificio da la sensación de no tener estabilidad, sobre todo los capiteles contruados en forma realmente singular.

Para ornamentar dignamente la plaza Navona, que en la antigüedad tenía el Coliseo (todavía ahora se conoce a esta plaza con el nombre de Agonale, más del de Navona), se pensó en levantar una gran fuente, llamándose a concurso para elegir el proyecto que de mejor manera contemplara el gusto del papa. En el texto del llamado a concurso se estableció de una manera rotunda que no podía tomar parte en el certamen el arquitecto Bernini; tal era el odio que el papa le tenía. Pero Bernini no se dio por vencido, y realizó su proyecto de la fuente como la concebía su maravillosa imaginación, y pocos días antes de terminarse el plazo para la presentación de los proyectos, se valió de la ayuda de una dama que lo admiraba, la que, por su rango aristocrático, formaba parte de la corte papal, y sin que nadie sospechara dejó el modelo en la estancia privada del pontífice. Sería demasiado



Fuente del Tritón, y al fondo el horrible rascacielo. A la derecha el palacio Barberini.



Fuente de Trevi.



la iglesia de S. Agnese.

EN ROMA

narración de todas las peripecias traídas por el famoso artista para alcanzar el resultado, pero lo cierto es que en el momento en que vio el proyecto se enamoró de su diosidad y belleza, admirando la genialidad como había sido concebido el monumento; y sin aguardar a más ni esperar el resultado del concurso, le encargó inmediatamente empezara la construcción regalándole como estímulo un premio de 500 escudos de oro, y además, para que le perdonara la afrenta anterior, le regaló la concepción de una surgente de agua que se llamaba, y se siguió llamando "Agua Felice". El ambiente artístico romano se alegró no poco de esta reconciliación, y esperó ansiosamente la obra de Bernini.

ahora entra en el asunto el Río de la Plata. La fontana construida por Bernini es una de las más características de Roma, estando formada por una especie de cascada colocada en el centro de una inmensa alberca que tiene 23 metros de diámetro. Del centro de este enorme escollero surge un obelisco egipcio muy interesante, y en realidad es de la época de los Faraones, habiendo sido traído a Roma por las tropas victoriosas del emperador Diocleciano. Alrededor de la escollera aparecen simbolizados los cuatro ríos principales del mundo, representados por cuatro gigantes: el Nilo con la cabeza cubierta por un velo para significar que se desconocen sus orígenes; el Ganges, llevando en la mano un paño, y con la cabeza coronada de laurel; el Danubio que intenta domar a un caballo, simbolizando las praderas húngaras; y finalmente el Río de la Plata que hace un

ademán, la mano a la altura del rostro, estando circundado de la flora del nuevo mundo. La colocación de la escultura del Río de la Plata frente a la iglesia construida por Borromini, hizo nacer la malicia de que Bernini le colocó a la escultura la mano en alto para defenderse de la inevitable caída del inestable campanile, significando de paso que Borromini construía edificios que estaban destinados a derrumbarse. La fábula puesta en circulación por los amigos de Bernini disgustó terriblemente a Borromini quien se dispuso a refutarla esculpiendo en poco tiempo encima del "peligroso" campanile una estatua de S. Agnese, con la mano al pecho, como para asegurar que nunca se vendría abajo. Pero no por eso se terminó la habladuría, sosteniéndose que hacía bien el Río de la Plata en tenerle miedo a la obra de Borromini. Se formaron dos corrientes antagónicas derivadas de la diversidad de opiniones que en definitiva tenían como fundamento el distinto concepto interpretativo de la arquitectura barroca de los dos maestros, continuándose la discusión ahora en cuál de los dos interpretó el espíritu del siglo. Mientras se polemizaba y discutía el pontífice buscó de todos modos tratar de convencer al pueblo de que el Río de la Plata no tenía razón para asustarse. Y efectivamente estaban en lo cierto el pontífice y Borromini, pues desde hace 400 años el Río de la Plata está con la mano en alto amagándose del peligro, aún cuando ya parece más tranquilo y calmado; y el campanile de Borromini sigue erguido.

Pero no se minaron las habladurías, pues al terminarse la iglesia el pueblo vio en la figura del Nilo una nueva significación:

el río se tapaba la cabeza con un velo para no ver la fachada de la iglesia.

Restituido Bernini a la gracia del pontífice, construyó en Roma otras fuentes más o menos espectaculares, como la de la plaza de San Pedro que tiene un gigantesco surtidor, inaugurado con magna pompa el día de la visita a San Pedro de la reina Cristina de Suecia. Se recuerda que la reina quedó maravillada del espectáculo y se mantuvo un largo rato mirando en alto la altura del surtidor, hasta que alguien del séquito la invitó cortesmente a seguir adelante. Respondió la reina que esperaba a que terminase de salir el agua, convencida de que el surtidor había sido lanzado en su honor pero tendía fin de un momento a otro; en cambio, desde hace cuatro siglos sigue siendo la admiración de quienes lo contemplan, refrescando el aire en los meses estivales.

La fuente del Triton surge en el punto más neurálgico de la ciudad, en el inicio de Vía Veneto, el barrio elegante de Roma. Hace algún tiempo se construyó en esta calle un horrible edificio, Hotel Bristol, especie de rascacielos entre la fontana barroca y el maravilloso palacio Barberini. No ha sido por cierto una concepción feliz. Cuatro delfines sostienen con la cola la enorme valva en la cual Triton, rey de los mares expulsa por un caracol un alto surtidor de agua. En uno de los frentes está esculpida la coronal papal y están representadas las abejas que como se sabe simbolizan a la potente familia (les Api) que por mucho tiempo dominaron en Roma.

Otra característica fontana romana es también la de las Tortugas, erigida en los

finales del 500, existiendo la convicción que el autor del proyecto haya sido Rafael. De una pequeña y graciosa pila se levantan cuatro valvas y de cada una de éstas surgen cuatro bellas figuras que empujan con la mano a las tortugas para que beban el agua de la pila superior.

Por último, ya que hemos estado hablando de las fuentes de Roma, demos una rápida mirada a la Fuente del Trivio, alimentada por el agua de la Virgen (así llamada porque en su origen un grupo de soldados romanos desesperados por la sed tuvieron la visión de una virgen que les indicaba el surgente). Se llama del Trivio por estar construida en el cruce de tres ramales de antiguas calles romanas. Inició los trabajos de arreglo de la actual fontana el papa Nicolás V, y las prosiguió el papa Urbano VIII. Este, para hacer frente a los muchos gastos, impuso una tasa especial al vino, y de entonces empezó a circular en Roma la famosa frase latina que se traduce así: "U bano que con tasas encarece el vino, recrea con el agua al ciudadano quirino" (por "quirino" debe entenderse el pueblo romano auténtico, descendiente de los Quirinas, es decir los Sabinos). Otro papa, Clemente XII dió fin completamente al trabajo encargándolo al arquitecto Salvi que, según el parecer de muchos críticos, interpretó un dibujo de Bernini.

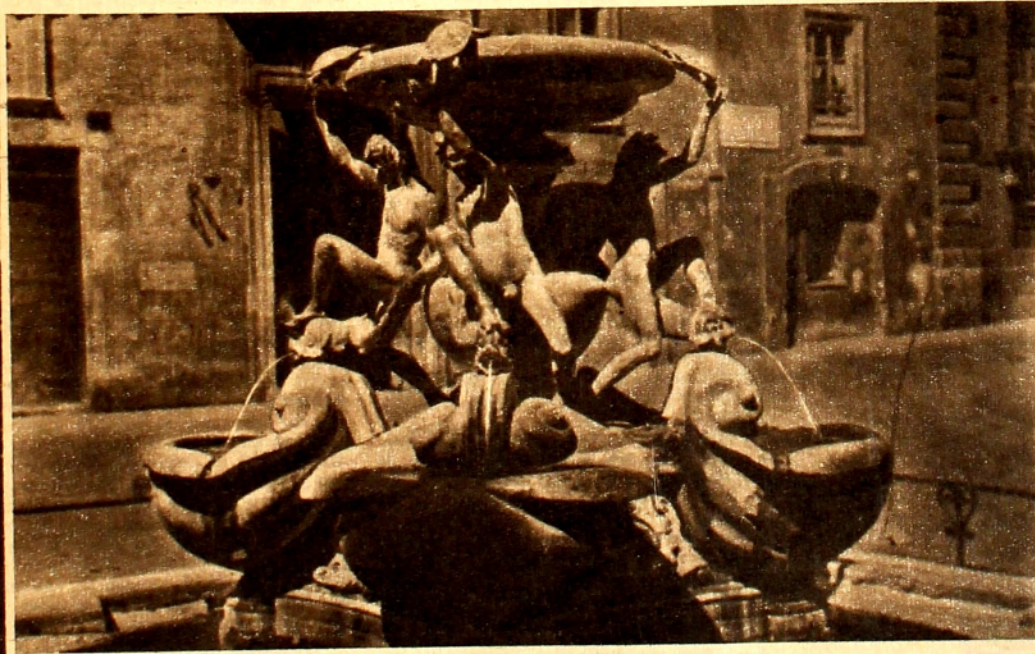
Es en esta fuente donde los turistas de paseo por Roma arrojan una moneda al interior de la gran pila, lo que constituye un augurio de próximo retorno.

Roma. Mayo 1952.

Arquitecto Franco DOMESTICO.
Especial para EL DÍA.
(Traducción de E. A.)



Plaza Navona. Se ve al lado de la fachada de S. Agnese, del Borromini, el alto obelisco de la Fuente de los Ríos.



Fontana de las Tortugas.



La fontana de la plaza de San Pedro, de noche.



JOHANNES BRAHMS

H. TORGGELER

Vintencitos...



¡QUE SALVAN PESITOS!

Así es, señora. Los costosos ingredientes — manteca, huevos, etc. — que Ud. usa para hacer una rica torta, necesitan un leudante seguro: Royal, el Polvo para Hornear que cuesta pocos centésimos y que asegura el éxito de todo horneado. Royal se vende en envases desde 57 grs., metálicos, herméticos, ¡higiénicos! Pero, naturalmente, los tamaños mayores resultan más económicos. Desde hace casi 100 años las reposteras expertas usan y recomiendan Royal... ¡haga Ud. como ellas!

Royal mantiene siempre su potencia, porque su envase metálico de cierre hermético, lo preserva de la humedad y de los perjuicios de los almacenamientos prolongados.



¡Nunca falla!

De cómo el peón Fermín Perdomo

EL día 18 de abril del año 1895, Fermín Perdomo llegó a la estancia de don José María Gadea a pedir trabajo. Era un hombre joven, fuerte y bien parecido. Atardecía; el recién llegado montaba un caballo moro que no daba más de cansado. Por lo pronto, lo mandaron apearse, soltar el caballo y meter las garras en el galpón. Al otro día, Gadea lo mandó llamar temprano.

- ¿Sabe trabajar en estancia?
- Cualquier trabajo.
- ¿Sabe trenzar?
- Sí trenzar.
- ¿Doma?
- Domo.

Según don José María, esos trabajos constituían los dos polos de la sabiduría campera. Las respuestas del mozo fueron concisas, categóricas. Gadea lo contempló un momento. Le parecía demasiado joven para tanta ciencia. Al lado del estanciero estaba su hermano, don Ceferino, que hacía años vegetaba en la casona.

—Ta bien —concluyó Gadea—. Iremos viendo. Quédese nomás.

Perdomo salió pisando fuerte.

—Me parece muy dientes de leche pa tanto conocimiento —murmuró el estanciero. Y don Ceferino terminó:

—Y demasiado lindo pa tanta rudeza.

Lo fueron pobando y el mozo respondiendo. Entendía bien el arte de trenzar, y en cuanto a domar era no sólo un gran jinete sino un gran maestro.

Una noche, cenando estaba el amo, su hija Julieta, don Ceferino y el capataz Martín Dias. Se comentaba un trabajo reciente y Dias entró a ponderar a Perdomo:

—Vale por cuatro —expresó—. Nunca dice no. Y es el cristiano más campero que he visto, y eso que he visto muchos.

—El lazo que me acomodó (que era de tata) —dijo don José María— quedó como nuevo. Nunca vide trenza mejor ingerida.

—Los tres potros que le di como prueba —continuó Dias— tienen la boca como seda.

Y concluyó la alabanza:

—¡Y no lo han visto tocar la guitarra!

—¿Y usted, dónde lo vido? —le interrogó el patrón.

—Hace un mes, en las carreras de la Calaguala.

Entonces el estanciero le ordenó a Dias:

—Hágame comprar una guitarra, don Martín, que sea güena, cuando alguno vaya al pueblo. Nica, dele diez pesos a don Martín. (Nica era una negra vieja, casera, que en la hacienda ejercía, con gran solvencia, el cargo de tesorera).

La noche del día que llegó la guitarra, después de la cena, don José María hizo llamar a Perdomo. Este avanzó comedor adentro, y allí le fué presentado el instrumento. Dias le habló:

—Ahí tiene, amigo, una guitarra que don Gadea hizo comprar en el pueblo. Queremos oírlo.

Fermín la levantó, la observó amorosamente y después de decir "con permiso", se sentó y empezó a afinar. Un rato largo estuvo haciendo acordes y ajustando clavijas, caída la cabeza, concentrado. Después se irguió y dijo:

—Bueno. Les ví tocar una mazurca que me enseñó mi padre. No sé cómo irá a salir...

Cuando terminó la música, se hizo un gran silencio. Don Ceferino se revolvió en su silla, perdido el sosiego. Aquel mozo había venido a turbar la paz de la estancia, en la que él hacía de Salomón. Sin saber trenzar; opinaba de trenzas, sin saber domar, pontificaba de sistemas. La venida de aquel hombre, que sí sabía trenzar y domar legalmente, lo había hundido del todo. ¡Y ahora aquella mazurca!

—Dígame, mozo —habló Gadea— ¿también su padre le enseñó a trenzar?

—No, don, fué mi tío Cándido.

—¿Y a domar?

—Mi tío Justo.

—¿Y a leer y a escribir? (pues Fermín también leía y escribía).

—Mi mamá. —Y siguió—: Como yo era la única cría en toda la familia, tuve que cargar con todo eso.

—No le ha de pesar mucho esa carga.

—No, don; me la alivia el recuerdo de esa mujer y de esos tres hombres que ya se han muerto.

Tenemos que decir algo de don José María Gadea y de su hermano Ceferino. La estancia de aquel era un feudo de unas 12 mil cuerdas que el caudaloso Sauce cortaba en dos. Hombre nacido rico, de padres poderosos, era un despota. Ese mandar altivo, esa dictatorial soberbia, los tenía en la sangre. Llegado del campo, cierto

día tuvo un cambio de palabras con su esposa. En ese momento descalzaba una bota, que le arrojó colérico a su compañera. Dió la punta en la sien derecha de la desdichada. Al otro día falleció. Su hija Josefina, que entonces contaba cinco años de edad, presenció el drama, drama que llevó en los ojos y en el corazón toda su vida. Pesaba 135 kilos. Casi no salía al campo ya. Tenía una silla baja, cuadrada, con asiento de cuero, en la que se pasaba casi todas las horas del día. Iba al galpón: allí iba un negro con la silla de tiro. Iba a la manguera: detrás de él el negro y la silla. A veces le decían a este negro:

—Cuando don Gadea muera, vas a tener que dirte con él pa cargarle la silla.

Malaquías (que así se llamaba el yimbo), respondía:

—No va a precisar silla en el cielo. Allí todo dijunto boyá como tapón en l'agua.

—Sí, ¿y si va al infierno?

—Que le cargue la silla el diablo. No estoy pa a achicharrarme por dos pesos por mes (que era el sueldo que allí tenía).

En cuanto a don Ceferino, su hermano, era un cinico. Dado a santurrón, en su cuarto había levantado un altar, ante el cual murmuraba incomprensibles oraciones (cuando lo miraban). Su hermano y su sobrina lo toleraban sin pasarlo. Algo así como cuando uno se mete un butiá amargo en la boca y no sabe si traga-lo o escupirlo. Algún peso que su hermano le daba, después de algún negocio, era peso que no vería jamás la luz, pues era tan avaro que constantemente usaba una bota y una alpargata, que turnaba por quincena, alegando una renguera que no tenía. Don José María, para terminar estos breves retratos, era respetado por todos pero estimado por nadie, ni aún por su hija, la que muchas veces sufrió físicamente los desplantes de su barbarie.

Los domingos de noche el estanciero hacía llamar al comedor a Perdomo. Allí el hombre tocaba su repertorio y cantaba sus tristes. Siempre se dormía el patrón en medio del concierto. Sus ronquitos tapaban la guitarra y la voz. Entonces el mozo hacía un silencio. No pasaban dos ronquidos que Gadea despertaba.

—¿Por qué no sigue? —interrogaba.

—Pero, tata —respondía Julieta— si usted se duerme...

Y él contestaba con voz tajante y entonación recia:

—Me duermo porque me gusta. Si no me gustara, ya estaban él y su instrumento haciéndole compañía a los carpinchos del Sauce.

Y tanto le gustó el "estrumento", que dió en el hábito de que después de comerse dos fuentes de mazamorra y cuatro platos de arroz con leche —luego del asado de rigor—, todo con la ayuda de un pan casero de kilo y medio, tendido en su ancha cama se retorció para poner paz en la tempestad que desencadenada en su estómago, le subía hasta la cabeza, mandaba por Fermín. Y lo hacía sentar a su cabecera y cantarle bajito. Poco a poco se serenaba y al tercer ronquido Perdomo salía en puntas de pies a resollar libremente campo afuera.

Bien. A Julieta le dió por aprender a tañer la vihuela que con tanto virtuosismo tañía Perdomo. Consultó al capataz. Este le dijo:

—¿Y cómo no la va a enseñar? Vaya y pídale permiso a su tata.

Fué a su padre y solicitó el permiso correspondiente, temblándole las carnes. Gadea la miró por todo lo largo y después le habló así:

—Güeno, que la enseñe. ¡Pero que le enseñe nada más que la guitarra!

Y de tardécita comenzaron las lecciones. Don Ceferino, el hermano "agregao", que vivía ardiendo desde que Fermín copara en hechos la sabiduría que él con palabras hacía en la estancia, espío la clase y vió lo que todo el mundo sabía sin ver: que Julieta y Perdomo, enamorados recíprocamente, se besaban muy a su sabor, entre rasgueo y rasgueo. Allí fué con el chisme a don José María, chisme inflado por su maldad y bajeza. Lo agarró en un mal día al estanciero, que se levantó, siguió a su hermano en los pasos menguados, y en el camino alzó un rebenque cuyo mango, de oro y plata, pesaba un kilo. Comprobó el amor, entró y sin dar tiempo a nada al par, le ciñó la espalda al mozo con la pesada lonja. Iba a repetir la acción en su hija. Pero Perdomo perdió la conciencia y allí mismo le partió el corazón de una puñalada. Salíó. Y mientras las mujeres gitaban y los hombres corrían, él se hizo humo, en pelo, en el caballo del piquete. Y ganó el monte. Eran los últimos días de agosto. El Sauce había crecido, pero él se tiró por

fué el Sargento Juan Guadalupe

la Picada del Rodeo y se sumió en el monte que del otro lado era casi virgen. Había recogido de paso un poncho patria que constituía, con su cuchillo, el único amparo que tenía. Pasó días y noches verdaderamente atormentado. Tuvo que carnear en las sombras, secar la mecha de su yesquero a paciencia, hacer fuego con palos mojados, comer sin sal, velar por su caballo, esconderlo, que no se fuera... Ya iban como quince días en este trote. Una media tarde se acercó a las aguas del Sauce, ya en su caja. Y vio un hombre enredado, en el camalotal, muerto. Cortó una vara, consiguió prenderlo y lo trajo hasta la orilla. Estaba hinchado, hedía. Tal vez la creciente lo agarró quien sabe dónde y la corriente lo había traído hasta allí. Perdomo le sacó el cinto, no sin cierto asco de sí mismo. Tenía un poco de dinero y unos papeles sucios. En uno de ellos leyó: "El portador de ésta, Juan Guadalupe, va al Brasil en busca de su padre. Es hombre honrado, de mi conocimiento. Pido se le dé protección". Y una firma bajo un sello grandote: "Antonio Alonso, Juez de Paz de Florida". Allí mismo decidió su vida Perdomo. "Ya que la policía me anda buscando, vamos a la policía". Tomó una piedra grande —que allí las había y muchas—, encontró un alambre, amarró el muerto a la piedra, se desnudó. Llevó hasta donde perdió pie al cadáver, y lo dejó ir al fondo. Antes le sacó el saco, que colgó al viento para que se le fuera aquel impresionantísimo tufo a muerto. Al otro día enderezó a

Perdomo corrió el cinto, sacó el papel y se lo alcanzó a Sosa.
—¿Y esto? —dijo Sosa, que no sabía leer.

Y como en la policía nadie lo sabía, fué hasta lo del juez a que le aclarara el asunto. Volvió al otro día, mandó sacar a Perdomo del calabozo —que había sido en otro tiempo chiquero de piedra— y ordenó le dieran mate y de comer después. Entre tanto le decía:

—Desculpe, amigo...
—No me diga nada, capitán —le cortó Fermín— Yo he sido policía y comprendo.
—¿Usted jué polecia?

—Sí, señor, del lado argentino. Llegué hasta sargento.
—¿Y aura sigue pal Brasil?

—No, capitán. Supe, hará unos diez días, que mi pad e había muerto. No me queda más nadie en el mundo. Agárreme como soldado suyo y me quedo en su policía.

Sin titubear le habló el capitán:
—Quédese. Es cabo. Usted sabe leer y escribir.

Perdomo se metió en una chaquetilla que le ceñía muy bien el cuerpo, se dejó crecer el bigote, se cortó la melena y se colgó un imponente sable del cinto. El cabo Guadalupe...

Ya iba un mes ahí. El capitán lo ascendió a sargento. El otro sargento quiso protestar. Sosa le dijo:

—Aprende a leer y a escribir como él y te hago teniente.

El sargento Guadalupe, que siempre que aparecía el hermano de su víctima se le ponía fuera de tiro, oyó estas palabras. Y se dio en cavilar. Fuéronse juez y vecino. El capitán reunió a la policía y manifestó:
—Cien patacones tiene el que agarre a Fe min Perdomo. Y no les digo más, pues ese sujeto ya debe estar como a doscientas leguas de este pago.

Esa noche el capitán tomaba mate. Perdomo —más bien dicho, el sargento Guadalupe— pidió permiso para hablarle. Le fué concedido.

—Mire, capitán, creo que me voy a dar maña para capturar ese matrero. Si usted me da orden y me deja salir, yo se lo entrego mañana a medio día.

Alzó la cabeza y agrandó los ojos el capitán. Observó un rato al sargento, que muy firme esperaba su contestación.

—Si usted cumple con eso, sargento —dijo al fin— lo viá tener por el hombre más hombre de cuantos hombres he visto. Y no le digo más. Marche cuando quiera.

De madrugada, al otro día, partió el sargento en un colorado relumbroso. A medio día volvió al paso, atravesado por delante el sable, a los tientos la chaqueta con sus imponentes ginetas. Se apeó. Sosa lo miraba sin saber qué pensar.

—Aquí está el hombre, capitán, dijo Guadalupe.

—¿Qué hombre? —le respondió aquél.

—Fermín Perdomo.

—Pero...

—Mi capitán, yo soy Fermín Perdomo.

—¿Y el sargento?

—Soy yo también.

Sosa se rascó largamente la cabeza —que la tenía borracosa— y habló así:

—Mande buscar a la hija del finao. Que venga con el viejo. Los dos le dirán quen soy.

El juez se encerró como una hora en el cuarto del capitán. Luego salió y ordenó a un milico que fuera a la estancia de Gadea.

De mañana, al otro día, llegaron tío y sobrina. Fueron recibidos solemnemente por el juez y el comisario. El juez habló:
—El sargento Juan Guadalupe salió ayer en busca del juido Fermín Perdomo y lo caturó y condujo a esta polecia. El comisario y el que suscribe quieren ve ificar la persona del juido. Que pase Fermín Perdomo.

Entró Perdomo.
—¡Ese mesmo es! —gritó don Ceferino. Julieta se estremeció a la vista del amigo y novio a la vez.

—¿Es ese, moza, el juido?

Ella respondió débilmente:

—Sí, señor juez.

—¿Ueno —expresó Más Rodríguez— la autoridad se va a incautar del. Váyase, Perdomo.

El juez siguió:
—Y ahora, don Ceferino Gadea, tiene que entregar cien patacones al sargento Guadalupe.

—Yo... —comenzó don Ceferino. (Hubo un breve silencio. Después el viejo continuó): Si señor. Los viá pagar. Pero aquí no los traje. En cuanto los riuna se los mando, juez.

—Ha de ser en seguida —respondió tonante éste—. ¡La autoridad competente no almite cuentas ni venga luego! ¡Esto no es ningún boliche!

—Pero... —protestó el viejo—, es que la cosa me agarró de golpe.

—¿Cómo de golpe! ¿No le mandé notificar que el p ofugo había caído y que el sargento Guadalupe lo había hecho caír?

Don Ceferino, un poco abollado por el subido tono del juez, se dirigió a su sobrina:

—Servime de fiador, Josefina.

—¡Aquí en local policial —tronó Más— no se conoce más fiador que la sog que rodea el cogote del animal caballo, y el que suscribe del mesmo modo! Pague el premio o le enageno las pilchas y si no alcanza lo meto en la barra hasta que complete los cien patacones!

Hecho un arco quedó don Ceferino, bajo aquel aguacero con truenos que no esperaba. Entonces Josefina se adelantó y habló en los términos siguientes:

—Señor juez: ahí está el carruaje y el tiro que nos trajo. Si llega todo a los cien pesos, pague el premio. ¡Y usted —gritó con extraña cólera a su tío— a ver si otra vez no ofrece lo que no tiene!

—Muy bien, señorita —habló el juez— Con eso basta.

A todo esto, Julieta había lanzado al viento como treinta suspiros. Al juez no se le había escapado este detalle. Y dijo:

—Ahora les viá presentar al sargento.

—¡No! —exclamó roncamente Josefina.

—¡Vámonos! (¿De dónde me salió ese no?, meditó ella, después, muchas veces).

El juez la detuvo. Paternalmente le dijo:

—Espere, señorita. Creo que tendrán que darle las gracias, por lo menos. ¡A ver, sargento! Y entró Guadalupe. Petrificados quedaron viejo y moza. —¡Pero si es el mesmo Perdomo! —gritó luego don Ceferino.

Atienda, señorita —habló el juez— Perdomo, asigún supe por el capataz de ustedes, era un hombre de bien. Su padre, en vez de tratar con él un asunto como se debe tratar entre vivientes, le dobló el lomo con la lonja de su talero. A un hombre, hombre, no se le hace so. Pero su padre creía que él era el único varón sobre la tierra. Perdomo lo mató y juyó. Era un criminal. Jué buscado por la autoridad. El sargento Guadalupe lo prendió ayer. Ahora irá a la cárcel ande cumplirá su condena que será como de sesenta y tantos años. Saldrá viejo —si sale— carcomido pero purificado. El sargento cumplió con su deber. Hay que darle las gracias. Vaya a ese cuarto con él y déle las gracias. Los dos jóvenes, medio pasmados, entraron al cuarto del capitán, que los vió desaparecer no menos pasmado que ellos. Entonces el viejo Gadea resolló por la herida, como quien dice. Comprendió la comedia. Y se dirigió al juez:

—¡Dios lo va a castigar como merece, si es que en la tierra no hav iusticia!

—¿Dios? —le aplo Más Rodríguez.

—¡Sí, dios! ¡El es grande!

Y el juez:

—Ya sé que es grande. Pero yo soy Más. Don Ceferino se horrorizó.

—¿Más grande que él?

Y la autoridad máxima de la comarca dijo:

—Por lo menos de apelativo...

—Ahora mande buscar al viejo Ceferino para que pague los patacones ofrecidos. Y usted disponga de mí como quiera.

—¿Y quién me prueba que usted es Perdomo? —le dijo el juez.

—Dentre, mozo, y siéntese. Voy a mandar buscar al juez, pues usted me ha hecho un herenial en el mate.

Y mandó por el juez. Hasta que éste llegó, tres horas después, sólo se oyó en la comisaría el volar de las moscas, el rezongo de los perros y el run run de los mangangás que, como se aproximaba la primavera, enraban y salían muy alegremente por las tacuaras de la quinchá. Llegó Más Rodríguez.

—Ahí lo tiene al sargento —le comunicó Sosa—, que le va a aclarar el asunto porque yo lo veo más negro que un cuervo.

Perdomo le narró al juez extensa y minuciosamente todo lo sucedido. Y terminó así:

—Ahora mande buscar al viejo Ceferino para que pague los patacones ofrecidos. Y usted disponga de mí como quiera.

—¿Y quién me prueba que usted es Perdomo? —le dijo el juez.

—Dentre, mozo, y siéntese. Voy a mandar buscar al juez, pues usted me ha hecho un herenial en el mate.

Y mandó por el juez. Hasta que éste llegó, tres horas después, sólo se oyó en la comisaría el volar de las moscas, el rezongo de los perros y el run run de los mangangás que, como se aproximaba la primavera, enraban y salían muy alegremente por las tacuaras de la quinchá. Llegó Más Rodríguez.

—Ahí lo tiene al sargento —le comunicó Sosa—, que le va a aclarar el asunto porque yo lo veo más negro que un cuervo.

Perdomo le narró al juez extensa y minuciosamente todo lo sucedido. Y terminó así:

—Ahora mande buscar al viejo Ceferino para que pague los patacones ofrecidos. Y usted disponga de mí como quiera.

—¿Y quién me prueba que usted es Perdomo? —le dijo el juez.

—Dentre, mozo, y siéntese. Voy a mandar buscar al juez, pues usted me ha hecho un herenial en el mate.

Y mandó por el juez. Hasta que éste llegó, tres horas después, sólo se oyó en la comisaría el volar de las moscas, el rezongo de los perros y el run run de los mangangás que, como se aproximaba la primavera, enraban y salían muy alegremente por las tacuaras de la quinchá. Llegó Más Rodríguez.

—Ahí lo tiene al sargento —le comunicó Sosa—, que le va a aclarar el asunto porque yo lo veo más negro que un cuervo.

Perdomo le narró al juez extensa y minuciosamente todo lo sucedido. Y terminó así:

—Ahora mande buscar al viejo Ceferino para que pague los patacones ofrecidos. Y usted disponga de mí como quiera.

—¿Y quién me prueba que usted es Perdomo? —le dijo el juez.



Entró Perdomo. —¡Ese mesmo es! —gritó don Ceferino.

la policía que comandaba el capitán Hilario Sosa, en la jurisdicción del juez Manuel Más Rodríguez. El capitán ya tenía la denuncia del hecho de Perdomo. Vió venir aquel jinete de barba revuelta y en pelo. Y dijo al sargento:

—Ahí viene el hombre a entregarse solito.

Fermín sofrenó y dijo:

—Buenas tardes.

—¿Ueno —le respondió Sosa—.

Bájese y entréguese preso.

—¿Preso?

—Sí. Usted es Fermín Perdomo, matador del estanciero Gadea.

—No, señor —habló muy serenamente el mozo—. Soy Juan Guadalupe. Vengo de la Florida, la creciente me agarró durmiendo, hará unos cinco días, me arrastró el apero, a gatas pude salvar mi caballo.

El capitán rió larga y mansamente.

—¿Ueno, amigo, le pido que no nos dé más trabajo, que demasiao lo hemos andao rastiando ya.

—No, señor —habló muy serenamente el mozo—. Soy Juan Guadalupe. Vengo de la Florida, la creciente me agarró durmiendo, hará unos cinco días, me arrastró el apero, a gatas pude salvar mi caballo.

El capitán rió larga y mansamente.

—¿Ueno, amigo, le pido que no nos dé más trabajo, que demasiao lo hemos andao rastiando ya.

—No, señor —habló muy serenamente el mozo—. Soy Juan Guadalupe. Vengo de la Florida, la creciente me agarró durmiendo, hará unos cinco días, me arrastró el apero, a gatas pude salvar mi caballo.

El capitán rió larga y mansamente.

—¿Ueno, amigo, le pido que no nos dé más trabajo, que demasiao lo hemos andao rastiando ya.

—No, señor —habló muy serenamente el mozo—. Soy Juan Guadalupe. Vengo de la Florida, la creciente me agarró durmiendo, hará unos cinco días, me arrastró el apero, a gatas pude salvar mi caballo.

El capitán rió larga y mansamente.

—¿Ueno, amigo, le pido que no nos dé más trabajo, que demasiao lo hemos andao rastiando ya.

El otro, que se llamaba Melchor Arredondo, "más bruto que bolidora sin retobo", se encandiló con la oferta; pero el comisario sabía que antes vería volar un burro que ver a Arredondo leyéndole Juan Cuello, como lo hacía Guadalupe. El caso es que el nuevo sa gento se había conquistado a todos. Su jefe decía de él: "Es más guacho que ningún zorro y más zorro que ningún guacho". También el juez Más Rodríguez había simpatizado mucho con él. Tres veces llegó a la comisaría con don Ceferino Gadea. Este reclamaba insistentemente la prisión de Perdomo:

—Ya van pa dos meses y el bandolero no aparece.

El capitán le alegaba que se había "campiao" hasta lo más escondido, pero que a la larga caería.

—Hubieran enterrao al finao boca abajo y el matador ya esta ía en las guascas.

—¿Ueno —terminó don Ceferino la tercera vez—. Al que lo agarre vivo o muerto tiene cien patacones. (Nunca decía pesos).

—Ya van pa dos meses y el bandolero no aparece.

El capitán le alegaba que se había "campiao" hasta lo más escondido, pero que a la larga caería.

—Hubieran enterrao al finao boca abajo y el matador ya esta ía en las guascas.

—¿Ueno —terminó don Ceferino la tercera vez—. Al que lo agarre vivo o muerto tiene cien patacones. (Nunca decía pesos).

—Ya van pa dos meses y el bandolero no aparece.

El capitán le alegaba que se había "campiao" hasta lo más escondido, pero que a la larga caería.

—Hubieran enterrao al finao boca abajo y el matador ya esta ía en las guascas.

—¿Ueno —terminó don Ceferino la tercera vez—. Al que lo agarre vivo o muerto tiene cien patacones. (Nunca decía pesos).

—Ya van pa dos meses y el bandolero no aparece.

El capitán le alegaba que se había "campiao" hasta lo más escondido, pero que a la larga caería.

—Hubieran enterrao al finao boca abajo y el matador ya esta ía en las guascas.

—¿Ueno —terminó don Ceferino la tercera vez—. Al que lo agarre vivo o muerto tiene cien patacones. (Nunca decía pesos).

—Ya van pa dos meses y el bandolero no aparece.

El capitán le alegaba que se había "campiao" hasta lo más escondido, pero que a la larga caería.

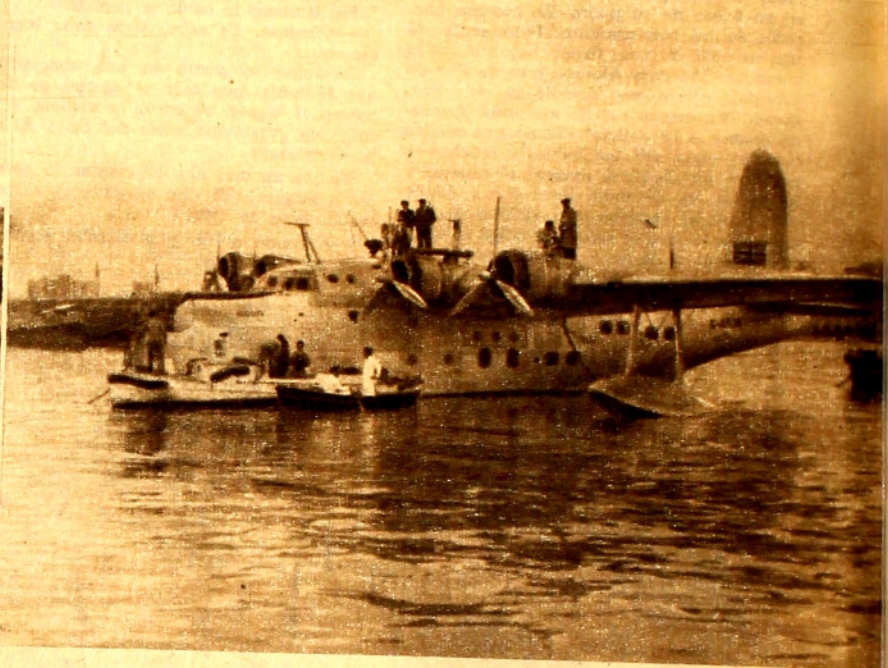
—Hubieran enterrao al finao boca abajo y el matador ya esta ía en las guascas.

José MONEGAL

Especial para EL DIA. Dibujo del autor.



Homenaje a la profesora Srta. Clorinda Paganini, organizado por sus alumnos y ex alumnos, para testimoniarle su agradecimiento y admiración por su vida dedicada exclusivamente a la enseñanza musical.



Por primera vez ha llegado al Uruguay un hidroavión comercial británico, viaje previo al de inauguración oficial de la línea. Aparecen en las notas una vista de la moderna nave y el capitán Pearson, comandante del avión, acompañado de los tripulantes.



El Embajador de Italia, Dr. Guglielmo Rullo, condecoró en nombre de su país y con la "Orden de la Solidaridad Italiana", a varios distinguidos compatriotas. Recibieron tan señalada distinción, el señor Secretario del Consejo Nacional de Gobierno, doctor Eduardo Jiménez de Aréchaga; el Subsecretario de Salud Pública, Dr. Luis C. Támara; el Director de Asuntos Diplomáticos del Ministerio de Relaciones Exteriores, Ministro Plenipotenciario Dr. Gilberto Prat de María; el Director General de Secretaría del Ministerio de Relaciones Exteriores, Ministro Dr. Alfredo Pacheco; el Director del Departamento Comercial de la mencionada Secretaría de Estado, Sr. Ariosoto González, y el Director de Protocolo, Sr. Federico Grunwaldt Cuestas.



En el baile ofrecido por la Sociedad de F. y D. Agraria, festejando la fecha patria, conjuntamente con la de la vendimia, hicieron acto de presencia la Reina de la Vendimia, Srta. María Delia Cantisani; de Melilla, Srta. Gloria Gallo; de Colón, Srta. Eli da Martins, además de la reina de zona de Rincón del Cerro, Srta. María E. Lasalle.

MEDIAS ELÁSTICAS

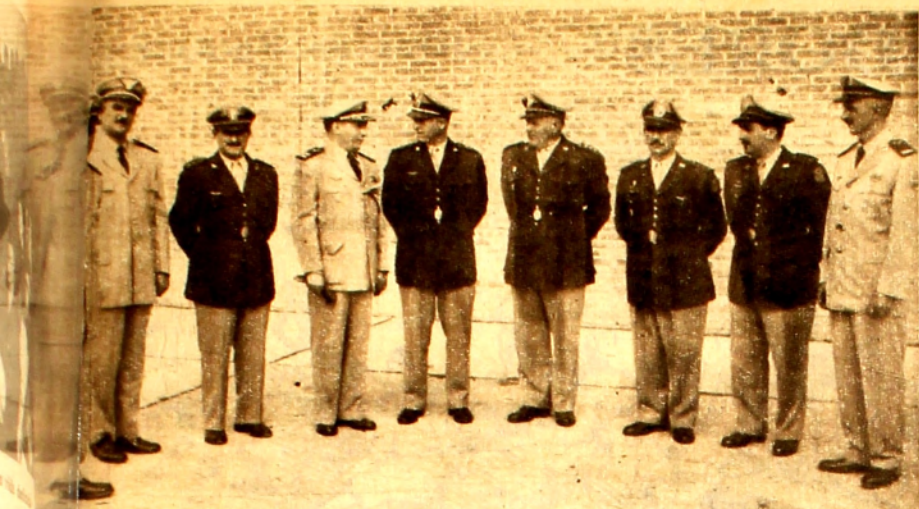
PARA LA CURA DE LAS VARICES
Invisibles y livianas, para señora, y extra fuertes para hombre, en **NYLON**

Fabrica a medida. Se hacen arreglos
PIDA GRATIS sin compromiso, catálogo N° 5
y opúsculo sobre la cura de las varices

Fabrica: **CIFRO** PIEDRAS 605 TEL. 94661



Los ex-alumnos de la Escuela Pública N° 155, de Melilla, le brindaron un homenaje a la educacionista Srta. Francisca Duarte, que dirigió ese centro de enseñanza y se ha jubilado del cargo, rodeada de la estimación de sus alumnos.



Actos de recepción a la embajada brasileña portadora de la flama olímpica en viaje aéreo a Buenos Aires, sede del próximo Sudamericano de Atletismo. Aparecen en la nota representantes de nuestras fuerzas aéreas en compañía de la delegación brasileña y del Sr. Antonio Alves Cabral, agregado aeronáutico en Argentina y Uruguay; luego la representación nortea junto al aparato que la condujo a Montevideo.

INFORMACION LOCAL



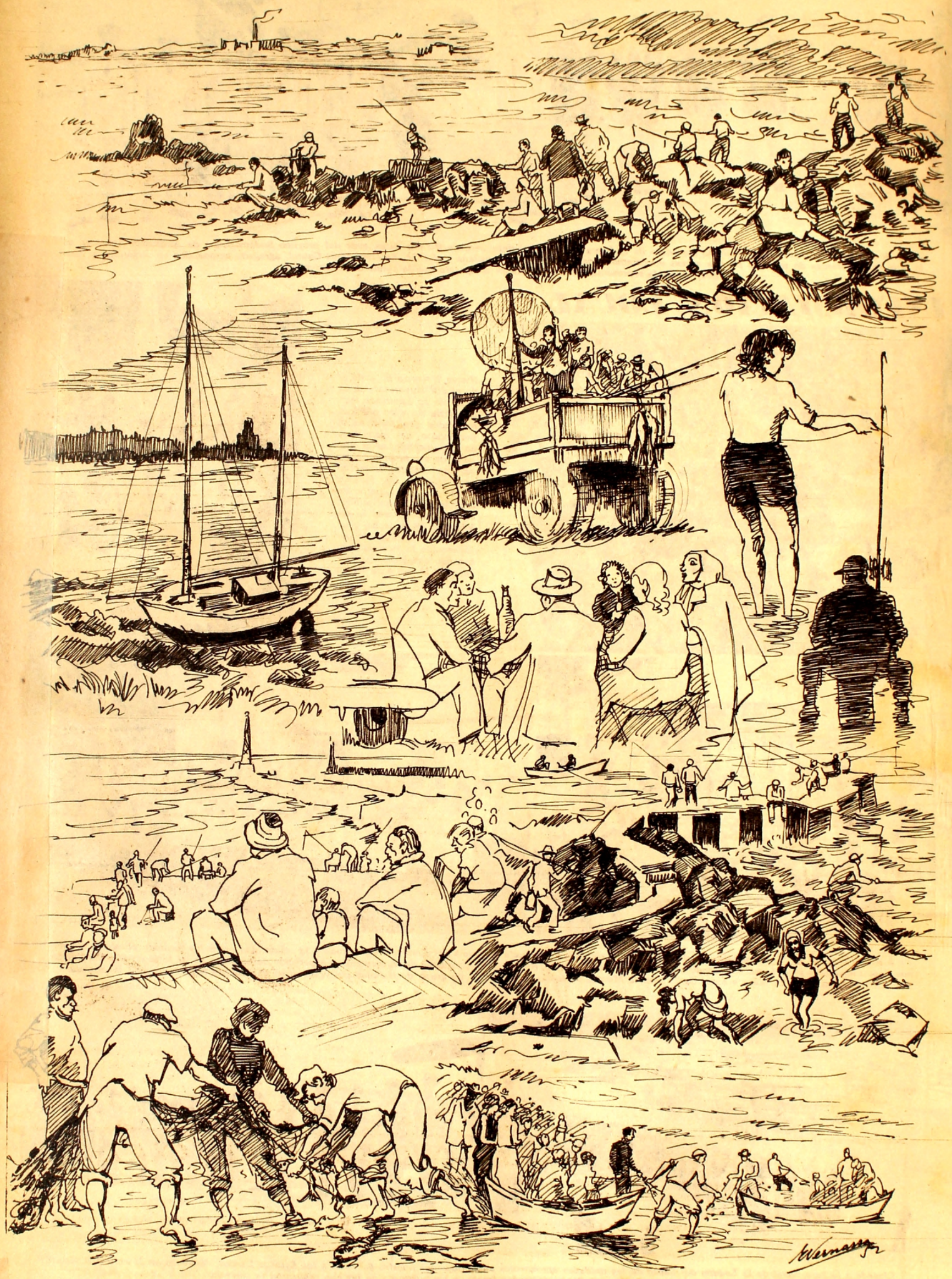
Nueva Helvecia ha festejado el 90º aniversario de la fecha de su fundación, con una serie de actos públicos realizados con todo éxito, poniéndose de manifiesto en esta oportunidad el adelanto de esa progresista zona, con características tan personales y tan loables. Aparecen en las notas un aspecto general del público concurrente durante la celebración de la fecha, y un coro regional integrado por jóvenes de la localidad, entonando canciones nacionales y de la patria de origen.



En la semana del 21 al 27 del pasado mes de abril, se ha celebrado la llamada "Semana del Camino", consagrada a la solidaridad entre los técnicos, obreros y gobiernos departamentales y nacional, trabajando en todo el territorio de la República 140 equipos de construcción y reparación de caminos, en un total de 600 kilómetros. Aparecen en estas notas las niñas y niños de la Escuela Montes cantando el Himno, e un grupo de trabajadores voluntarios después de haber cumplido la jornada.



Llegada a la base naval de la Laguna del Sauce de las unidades aeronavales adquiridas por nuestro gobierno a los Estados Unidos. Aparecen en la nota una vista del conjunto y en otra a los tripulantes formados frente a las máquinas en las que realizaron la travesía.





Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS



TARZÁN DETUVO A NUMA CON UNA IMPERIOSA ORDEN, Y SALTANDO HACIA ADELANTE, DESVIO EL RIFLE DE LA JOVEN, "DISCULPEME," LE DIJO, "PERO NINGUNO DE NOSOTROS LE HARA DAÑO ALGUNO---SEAMOS AMIGOS."



LA MUJER CONTESTO: "SI, DEBO DE FIARME DE USTEDES... ME LLAMO NANCY BROOKS. ESTABA BUSCANDO A MI TIO, UN EXPLORADOR DESAPARECIDO, PERO MIGUÍA ME ABANDONÓ, LLEVÁNDOSE EL ÚNICO INDICIO QUE TENÍA."



"ESPERE," EXCLAMO TARZÁN SACANDO EL TOSCO MAPA QUE HABÍA GUARDADO. "ES ESTE," EXCLAMO LA MUCHACHA, "PERO COMO...?" "EL HOMBRE-MONO CONTESTO TRISTEMENTE: "EL LEÓN TUVO LA CULPA DEL CAMBIO DE DUEÑO---SU GUÍA HA MUERTO."



"PERO NO SE PREOCUPE, ESTE GATO ES TAN INOFENSIVO COMO UN BEBE," SE ECHO A REIR. "ESTE SERÁ TU NOMBRE, NUMA. TE LLAMARÁS... BALU, O BEBE, EN EL IDIOMA DE LOS MONOS..."



LOS TRES COMPAÑEROS SE PUSIERON EN CAMINO ATRAVÉS DE LA SELVA DESCONOCIDA, PORQUE TARZÁN HABÍA DECIDIDO AYUDAR A LA STA. BROOKS. SINEMBARGO BALU SE MOSTRO INQUIETO, Y PRONTO SE APARTÓ PARA BUSCAR ALIMENTO...



MAS TARDE, TARZAN PUSO EN GUARDIA A LA JOVEN---A SU FRENTE SE VEIA UN CONJUNTO DE CHOZAS NATIVAS EN LAS COPAS DE LOS ARBOLES. OBSERVARON CON CURIOSIDAD, PERO NO SE DIERON CUENTA DEL TERRIBLE SIGNIFICADO DE SU DESCUBRIMIENTO.

EL MUNDO HABLA POR LAS ONDAS DE CX32 y CXA 2

- * MERCED AL MAS COMPLETO Y TECNICAMENTE MEJOR EQUIPADO SERVICIO INFORMATIVO, COMO UN SELLO INCONFUNDIBLE DE DISTINCION EN SU PROGRAMACION COTIDIANA.
- * CX32 y CXA 2, constituyen una organización noticiosa íntimamente vinculada al diario "EL DIA".
- * SUS SERVICIOS ESTAN ATENDIDOS POR LA AG. UNITED PRESS, ANI. DE LA REDACCION DE "EL DIA" Y PROPIOS DE SU DEPARTAMENTO DE INFORMACION.
- * por que tiene instalada en sus "estudios" una moderna "teletipo" conectada a las redes internacionales de información mundial.

CX32 y CXA 2 brindan su insuperable esfuerzo, puesto al servicio de una genuina inquietud informativa y de una celosa etica profesional.

Casa Soler

SOLER HNOS. S.A.

**REPRESENTA
POSITIVA ECONOMIA
DENTRO DEL
PRESUPUESTO
FAMILIAR**

NUESTRA OFERTA SEMANAL



SECCION NIÑOS

Ofrecemos el surtido más completo en zóquetes y medias sport nacionales y extranjeros a precios de verdadera conveniencia.- Visite esta sección.

SECCION HOMBRES

Del momento. Pullovers sin manga, pura lana, gran calidad, colores gris, beige, bordó y azul c/u a

\$ 5.70



SECCION NIÑOS

Un precio excepcional. Bonito camisón en malla de algodón con detalles de seda, colores blanco, salmón y cielo, para niñas de 2 a 16 años. Talles

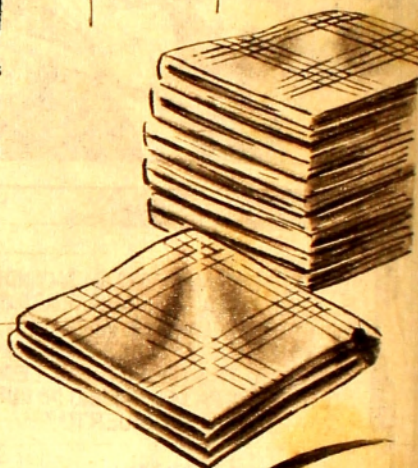
2 y 4 c/u a **\$ 2.30**

Aumenta 0.20 cada 2 talles

SECCION ARTICULOS PARA EL HOGAR

Muy conveniente. Servilletas blancas de almanesco tipo italiano, buen tamaño c/u a

\$ 0.55



SECCION FANTASIAS

Una gran oferta. Novedosa cartera en cuero box calf, colores tostado, azul, negro, charol y combinado charol con gamuza negra c/u a

\$ 7.50



SECCION MERCERIA

Hemos recibido de Francia, extraordinario surtido en galones de pasamanería en negro y colores; Botones de Strass y fantasía.- Visitenos.



SECCION SEÑORAS

De gran atracción. Conjunto en pura lana peinada, todos los colores de moda. Talles 44 al 52.

Buzo **\$ 3.60**

Campera **\$ 4.90**

Conjunto \$ 8.50

SECCION TEJIDOS

Una oferta sorprendente: Otoñal, la tela de todo tiempo en colores de gran distinción, el metro a

\$ 2.20

EN NUESTRAS TRES CASAS • VISITE LAS VIDRIERAS
AGRACIADA 2302 - Gral. FLORES 2341 - 18 DE JULIO 1601